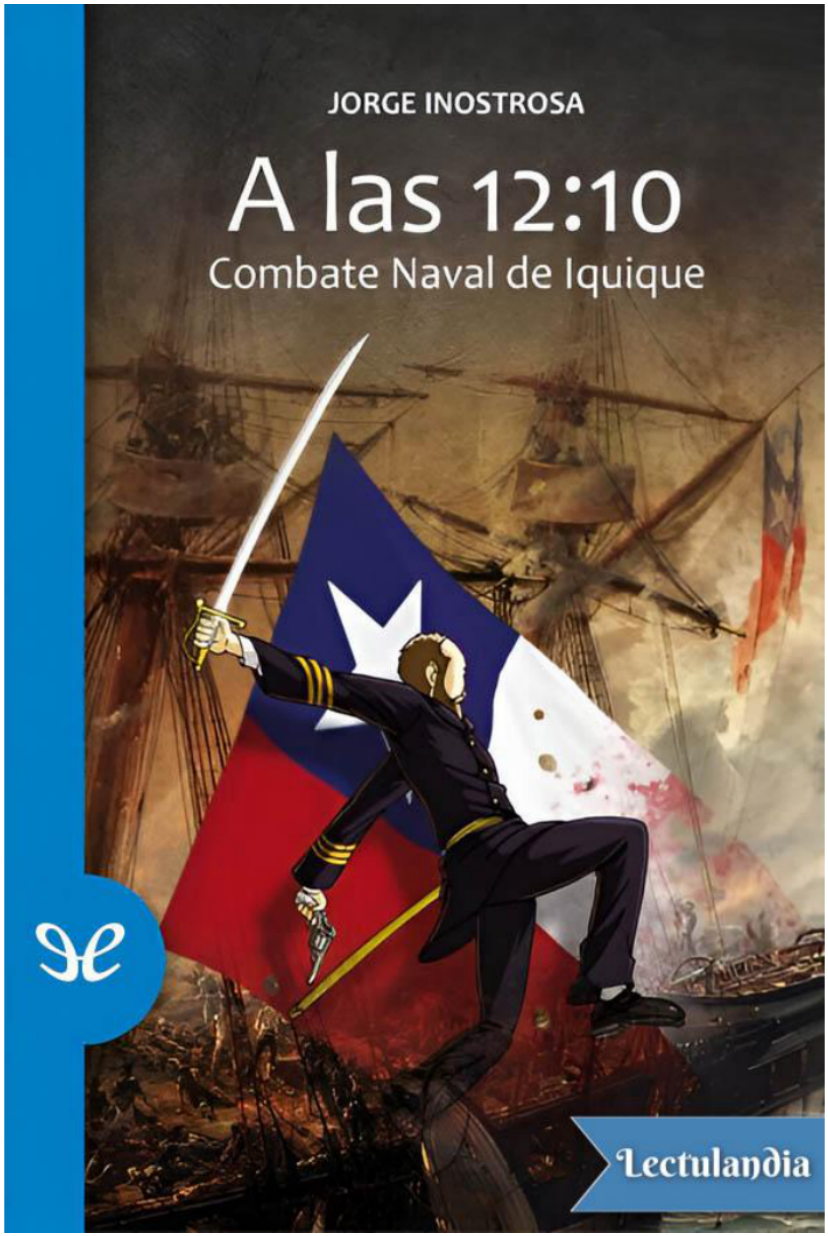

JORGE INOSTROSA
A las 12:10
Combate Naval de Iquique
Lectulandia

Una recopilación textual de los capítulos de *Adiós al Séptimo de Línea* que narran los sucesos acaecidos ad portas del Combate Naval de Iquique y su posterior desarrollo, ocurrido el 21 de mayo de 1879 en el contexto de la guerra del Pacífico. Jorge Inostrosa fue uno de los más grandes exponentes nacionales del género de la novela histórica, caracterizándose por basar su contenido en una copiosa documentación.

Jorge Inostrosa Cuevas

A las 12:10

Combate Naval de Iquique

ePub r1.0
Titivillus 11.09.2024

Título original: *A las 12:10*
Jorge Inostrosa Cuevas, 2010
Retoque de cubierta: Titivillus
Ilustraciones: Sergio Quijada

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Nota del editor

Entre los muchos episodios de la Guerra del Pacífico que narra detalladamente Jorge Inostrosa en su novela histórica *¡Adiós al Séptimo de Línea!* Están los que se han seleccionado para el presente libro: los capítulos que narran lo ocurrido en la víspera del combate naval de Iquique y el combate mismo. Ambos constituyen un todo y muestran con fidelidad y dramatismo la epopeya protagonizada por Arturo Prat y sus hombres.

1

El día 20 de mayo moría tibiamente en la plácida bahía iquiqueña. El sol rojizo, escondiéndose en el mar, teñía de bermellón la playa y las casas del puerto, y de amaranto los cerros rocosos, alzados al oriente.

El silencio de la noche naciente comenzaba a envolver una nueva velada de tensa expectación. ¿Aparecerían esa noche las moles poderosas de los blindados enemigos?

El comandante Arturo Prat asomó por una escotilla de popa de la *Esmeralda*, seguido por el teniente 2.º Ignacio Serrano. Ambos fueron a acodarse en la estructura de los compases, junto a la rueda de gobierno, y desde allí contemplaron la cubierta de la nave.

De la cámara de los oficiales, ubicada en el entrepuente, subían los compases sentimentales del violín del guardia-marina Ernesto Riquelme. Pocos metros más hacia el alcázar, el cirujano Francisco Guzmán fumaba su pipa, observando la costa. En la popa jugaban a las cartas los cinco griegos de la tripulación: el condestable Equalli, el contramaestre Micalbi, el timonel Eduardo Cornelio, el capitán de altos Tomás Blanco Pulo y el fogonero Estamatópolis.

Arturo Prat los contemplaba con el ceño contraído por la preocupación que lo venía royendo desde hacía varios días. Tenía en sus manos el rol de la tripulación, que había dejado el comandante Thomson al abandonar el mando de la *Esmeralda*. Inclinado el cuerpo, lo leyó en voz baja, consultando cada partida, con la mirada, al teniente Serrano:

Oficiales de marina y de mar	19
Sirvientes de cámara	8

Marineros (desde condestables a grumetes y fogoneros)	119
Reemplazos	21
Guarnición Militar	33
Tripulación Total	200

—Doscientos «pililos» del mar —comentó Serrano, con una sonrisa, recordando que ese título habían dado los demás oficiales a los tripulantes de la *Esmeralda* y la *Covadonga*. Y tenían razón al considerarlos tan despectivamente. El equipaje de los dos viejos cascarones estaba compuesto por una multitud de grumetes imberbes, artilleros reclutados a prisa y marineros extranjeros, que no tenían por qué sentir ardor patriótico por la causa de Chile.

El contralmirante no había querido exponer a la grumetería a los riesgos del asalto al Callao y los dejó a casi todos en la *Esmeralda*. Si la corbeta no iba a tener un papel guerrero en la campaña, cuando menos que hicieran en ella su adiestramiento los grumetes más chiquillos. Al teniente Serrano le daba pena, y algo de vergüenza, cuando los veía juguetear sobre la cubierta. Los había hasta de catorce años.

Cuando se bajaba al sollado, o al entrepuente, se experimentaba la impresión de estar en la Torre de Babel. La tripulación de planta era de una heterogeneidad increíble. Formaban en ella los cinco griegos ya mencionados, tres italianos: Bagelio Bono, Carlos Cota y Bartolomeo Rosso; cuatro ingleses: Demetrio George, Andrew Brown, John Lassen y Charles Moore; dos franceses: Georges Tougoud y León P. Claret; un escandinavo: Alexander Oswath; un maltés: Esteban Despots, y un araucano puro que apenas hablaba castellano: Mateo Matamala.

—Si la mitad de ellos fuera gente de mar, estaría más tranquilo —resumió Serrano—. Pero son reclutas o mercenarios. A todos ellos los enganchó el teniente Uribe en dos días. ¿Comprenderán los señores directores de la guerra lo que significa formar la tripulación de un barco de guerra en dos días?

—No pase cuidados, señor Serrano —lo tranquilizó el comandante—; llegado el momento, la dotación responderá. Vamos

a la cámara de los oficiales, que quiero hablar con el ingeniero Hyatt sobre una caldera que está fallando. Me lo comunicó el ingeniero 2.º Vicente Mutilla.

—Y ésta es una guerra marítima —comentó amargamente Serrano, mientras caminaban por la cubierta atiborrada de mochilas y elementos de la guarnición de artilleros, que se había agregado a la nave para su defensa—. Todos lo sabemos. Sin embargo, el Gobierno vacila, se decide, pone marcha atrás, y de todo este «tira y afloja» no hemos podido todavía sacar los míseros quinientos pesos que se necesitan para hacer una recorrida en las costuras de esta pobre *Esmeralda*.

—¡Basta, señor Serrano! —lo atajó Prat—. Esta noche está usted francamente pesimista. Bajemos a conversar un rato con los demás y a oír el violín del guardiamarina Riquelme.

—Bien, mi comandante, aunque estamos con nuestras relaciones medio rotas con el guardiamarina Riquelme. Anoche le cambiamos la pez de castilla del violín por un pedazo de piedra alumbre, y ya puede usted imaginarse lo que pasó.

—No le eche a perder el violín al guardiamarina —lo sermoneó Prat, aunque celebrando la broma—. Nos quedaríamos sin música para las noches aburridoras que nos restan. Aunque quizás ya no son muchas.

Serrano cazó el acento sombrío que imprimió Prat a la última frase, y lo detuvo respetuosamente de una manga:

—¿Sigue usted pensando en la posible aparición del *Huáscar* y compañía?

—Debemos esperarlo, teniente —repuso Prat, tranquilo, pero inmediatamente abrió la puerta de la cámara y se introdujo en ella como si quisiera evitar aquel tema.

Cuatro oficiales, que ocupaban la sala, se pusieron de pie y se cuadraron. El guardiamarina Riquelme dejó de tocar su violín. Pero el comandante les indicó que volvieran a sus asientos.

—Continúen, señores. Por favor, siga tocando, Riquelme.

Se sentó en un sillón, junto al segundo comandante del barco, el teniente Luis Uribe. Éste le alargó su pitillera.

—¿Quieres pitar, Arturo?

Prat negó con la cabeza. Arrellanándose en el sillón, observó a los que le rodeaban. En un rincón, los ingenieros Eduardo Hyatt y

Vicente Mutilla bebían unas copas de jerez. Serrano se había colocado junto a Riquelme y, riendo, le pedía perdón por la broma de la piedra alumbre.

Aquí, en la cámara de oficiales, todos volvían a ser los compañeros de antes. Por una curiosa casualidad, en los dos barquichuelos había vuelto a reunirse un grupo de amigos de muchos años atrás. Mutilla había sido condiscípulo de Prat en la escuela que don José Bernardo Suárez tenía en la calle nueva de San Diego, en Santiago. Luego, en la Escuela Naval, ambos habían tenido como compañeros de curso a Ignacio Serrano, a Luis Uribe y al comandante de la *Covadonga*, Carlos Condell.

Sonriendo, Prat compartió su recuerdo con Uribe. Éste abrió los ojos con un gesto cómico, y comentó, marcando las «erres».

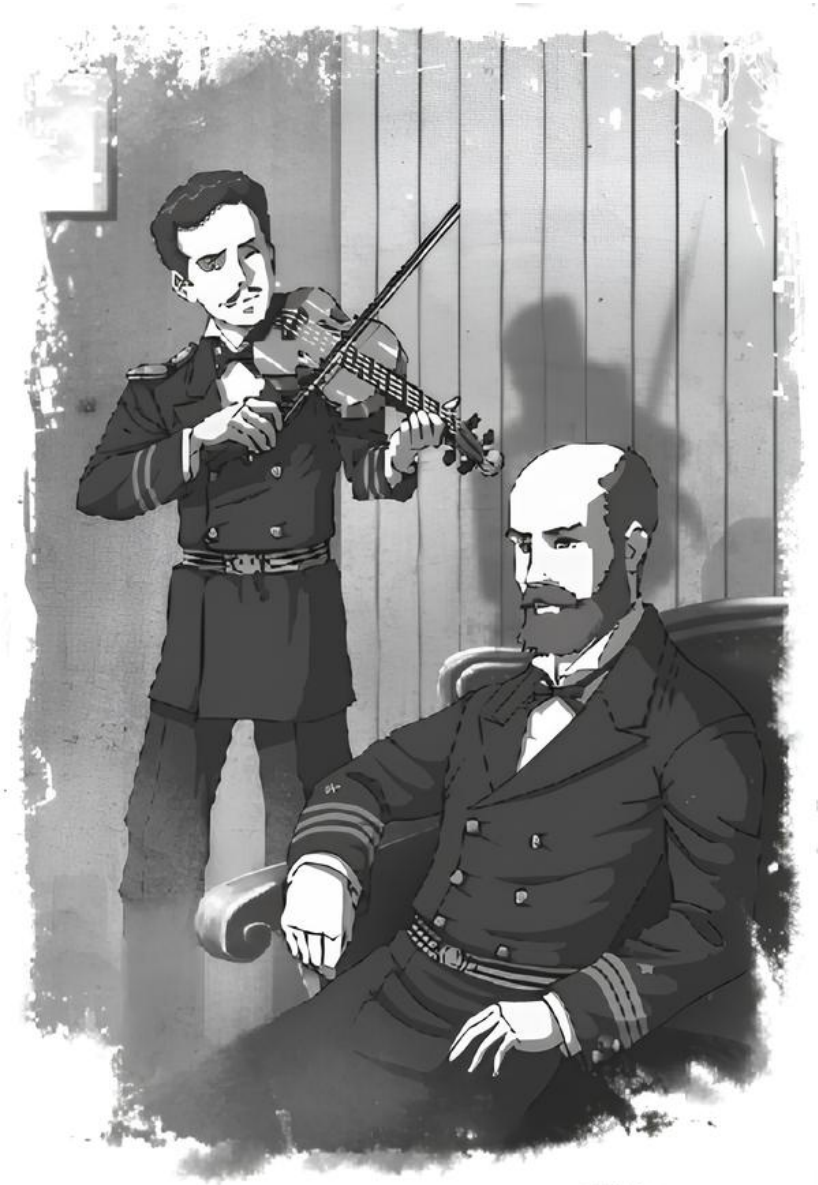
—¿Y a Prrrrotasio Castillo, el ingeniero 3.º de la *Covadonga*, le haremos el desaire de olvidar que fue «mote» junto con nosotros?

«Mote» es el apodo que se da a los cadetes del primer año de la Escuela Naval chilena.

Prat se apresuró a corregir su olvido:

—Tienes razón, Lucho. Lo incorporamos inmediatamente a esta legión de nautas-literatos que ha dejado el almirante en Iquique.

—¡Buen literato soy yo! —exclamó Serrano, riendo a carcajadas.



—Pues, cuando menos, yo he quedado aquí por literato —especificó el comandante, sonriendo—. Cuando el almirante salió con la escuadra desde Valparaíso, yo busqué hasta el último instante que se me permitiera embarcar en cualquiera de los barcos, incluso me atreví a pedir al comandante general de marina, don

Eulogio Altamirano, que se empeñara por mí. Pero el almirante le respondió que «no le gustaban los marinos-literatos».

—¿Y por qué te rebajó a literato, Arturo? —preguntó intrigado Uribe.

—Supongo que será porque me recibí de abogado, siendo marino, o por la personalidad de profesor que tuve que adoptar mientras fui agente secreto de nuestra Armada en Argentina y Uruguay.

Este trozo desconocido de la vida de Prat siempre había intrigado a sus antiguos compañeros. Serrano creyó que era llegada la oportunidad para hacerlo conversar sobre eso y alcanzó a decirle:

—Oye, Arturo, ¿cómo fue eso?

Pero antes que el comandante respondiera, sonó urgente la campana de alarma.

—¡A cubierta todo el mundo! —ordenó Prat, secamente—. Que el corneta toque «generala».

En el momento en que abrían la puerta para lanzarse por la escalerilla, descendía hasta la mitad el oficial de guardia, teniente Francisco Sánchez.

—¡Comandante, un barco está entrando en la bahía, protegido por la oscuridad! —gritó—. Se lo avista por la banda de babor.

En dos o tres saltos, Prat estuvo en la cubierta y tomó el catalejo que le tendía el teniente.

—Es verdad —confirmó, pero se quedó mirando a la nave que entraba. Le llamaba la atención que lo hiciera con todas sus luces encendidas.

—No puede ser peruano —resumió—. Pero, de todos modos, que la tripulación ocupe sus puestos de combate y que el teniente Hurtado distribuya la guarnición militar sobre la cubierta.

La corneta y el tambor comenzaron a batir «zafarrancho de combate». Los tripulantes surgían a medio vestir por las escotillas y se repartían a toda carrera en la cubierta y la arboladura. Los fusileros se ubicaban detrás de las amuras, los artilleros levantaban una tras otra las portas y asomaban las bocas de sus cañones, la gente de altos trepaba por la malla de los obenques y estayes, hacia las cofas y las vergas.

El barco avistado seguía acercándose. Repentinamente, el farol «absoluto» de la nave comenzó a destellar señales. Prat y los suyos

observaban mudos.

El maestro de señales Carrasco acudió junto a ellos y comenzó a traducir los destellos:

—Trans… por… te… La… mar. ¡Es el *Lamar*, mi comandante!

—Entiendo. Viene, seguramente, de Antofagasta. Siga descifrando.

—Re… tardo… por fuertes… vientos… del nordweste… obligáronnos…

Un enorme suspiro aflojó la tensión de todos. Era el transporte *Lamar*, que venía con noticias del sur.

Después de darle la autorización para aproximarse, Prat ordenó a Serrano que se transbordara a él y recogiera las comunicaciones que pudiera traer.

El comandante bajó con Uribe nuevamente a la cámara de oficiales y se hizo servir un vaso de coñac. Comenzaba a hacer frío.

El mozo Escobar, al colocar los vasos sobre la mesilla, murmuró, sonriendo tímidamente:

—Servido, mi comandante. Haga usted un brindis porque no aparezca el *Huáscar* o porque se presente de una vez por todas, mañana mismo. Esta espera nos va a enfermar a todos, señor.

Prat rió, pero repentinamente se puso serio. Acababa de recordar la fecha.

—Mañana es 21 de mayo, ¿verdad? —exclamó—. ¡Caramba, el almirante me dejó una carta con la indicación de leerla el 20 y no lo he hecho!

Echó mano al bolsillo interior de su casaca y extrajo un sobre. Cuidadosamente lo despegó y extendió la cuartilla que contenía.

—Adivino lo que te comunica —intervino el segundo—. Te revela el verdadero objetivo que persigue la escuadra. El Callao, ¿no es verdad?

—Sí. Escucha, Lucho.

> *Mi viaje tiene por objeto atacar al enemigo en la bahía del Callao. Le adjunto un oficio para el Gobierno, que hará usted llegar a su destino en la primera oportunidad. Por si no nos volvemos a ver, recuerde al amigo que lo distingue.*

—¡Al amigo que lo distingue! —repitió sarcásticamente Uribe.

—¡Basta, teniente! —lo reprendió el comandante—. Ya deben terminar las bromas. Ahora sabemos con certeza que tenemos sólo dos perspectivas por delante.

—O nuestra escuadra se encuentra con los blindados peruanos entre El Callao y Pisagua… —enumeró el segundo.

—… O nos encontramos nosotros con ellos aquí —concluyó gravemente Prat.

2

Justamente en la noche anterior, la del 19 de mayo, dos moles oscuras se introducían en la rada de Moliendo. Eran el monitor *Huáscar* y la fragata blindada *Independencia*, orgullos del Perú. El primero desplazaba 1130 toneladas y era un barco moderno, echado al agua en 1865 en los astilleros de Gran Bretaña. Muy bajo de bordas, ofrecía un blanco insignificante; en cambio, sus dos largos cañones de 300 libras, embutidos en una torre blindada giratoria, dominaban el mar en una amplia extensión. Sus poderosas máquinas de 1200 caballos de fuerza le imprimían un andar de 11 millas por hora, y hacían particularmente temible su agudo espolón.

La *Independencia*, más grande que el monitor, era una elegante fragata de 2000 toneladas, blindada con un forro metálico de 4 pulgadas de espesor. Como su compañero, poseía un fuerte espolón de acero, pero sus máquinas le daban un andar aun más veloz: 13 nudos. Su juego de 22 cañones de 70 y 150 libras, la convertía en un erizo inabordable. En último momento, se le había emplazado en la proa una nueva boca de fuego de largo alcance: un cañón de 250 libras.

No bien habían echado sus anclas en la bahía de Moliendo, subió a bordo el gobernador del puerto, llevando al mandatario peruano y al almirante Miguel Grau, comandante del *Huáscar*, una noticia que los exaltó de júbilo.

—Mis vigías escalonados a lo largo de la costa y en los acantilados contiguos a esta bahía, observaron perfectamente los seis barcos que pasaban.

—¿Era la escuadra chilena? —inquirió expectante el señor Prado.

—Sin duda, Excelencia —afirmó el gobernador del puerto—. Era

la escuadra enemiga, que ascendía hacia el norte.

La escuadra chilena navegaba hacia el Callao. Pero el puerto peruano estaba ya en condiciones no sólo para defenderse con los monumentales cañones de 500 libras emplazados en sus numerosos fuertes, sino que también para aniquilar a los osados que se atrevieran a poner sus barcos a tiro de las baterías.

En cambio, todo el Pacífico sur quedaba desguarnecido y los barcos mercantes chilenos, sus transportes con tropas, así como sus puertos, estaban a la merced de los fogosos cañones del *Huáscar* y la *Independencia*.

—Gobernador —ordenó el presidente—, comunique por el cable submarino al Callao que los blindados chilenos van hacia allá, para que se preparen las fortificaciones y defensas; y advierta a los comandantes de la *Unión* y la *Pilcomayo* que deben colocar estas naves apegadas a los fuertes y al amparo de los cañones de 500 libras.

—Perfectamente, Excelencia.

—Y póngase en contacto con Arica, confirmando nuestra arribada para mañana 20 de mayo.

—Imposible, Excelencia. Los chilenos han cortado el cable entre este puerto y Arica.

—No importa. Navegaremos de todos modos hacia Arica; y allá trazaremos un plan definitivo.

Volviéndose entonces hacia el marino que estaba a su lado, le ordenó con cortesía no exenta de cierto respeto:

—¡Almirante Grau, disponga usted que zarpemos enseguida!

Media hora más tarde, las dos temibles naves dejaban Moliendo, para enfilar hacia el sur. Navegaban por alta mar y con todos sus fanales apagados; se deslizaban como dos gigantescos tiburones, seguidos por las siluetas más pequeñas de los tres transportes con tropas.

3

La atmósfera vibraba en torno a los barcos bloqueadores de Iquique. Se presentía acercarse la tragedia, proveniente del norte, del fondo del horizonte. Ninguno de los tripulantes de la *Esmeralda* y de la *Covadonga* desconocía ya su destino. Pero la espera, la tensión mantenida durante los últimos dos días, se les ponía áspero el humor. Talvez únicamente el comandante Prat, con su serenidad estatuaria, lograba mantenerse aparentemente tranquilo. En las conversaciones de los marineros y oficiales se observaba ese afán recordatorio, que tanto se asemeja a una despedida de la vida. Sin embargo, hasta el anochecer del 20 de mayo ninguno había dejado traslucir sus nervios.

El farol central de la cámara de la *Esmeralda*, oscilando suavemente, arrojaba su luz sobre el rostro firme del comandante. Sus grandes ojos profundos se paseaban cariñosamente sobre las figuras juveniles de sus oficiales.

Serrano había regresado del *Lamar*. El teniente 1.º Francisco Sánchez estaba de guardia en el puente, pero pronto sería relevado por el guardiamarina Vicente Zegers. Junto al mesón se habían detenido, de pasada, el despensero Tomás Rueda, el mayordomo José Pereira y el cocinero Guillermo Serei; en voz baja discutían algo referente al rancho de oficiales del día siguiente.

Arturo Prat había vuelto a sacar la carta que le dejara el contralmirante Williams, y pensando en ella, se le escapó una frase que cazó al vuelo el guardiamarina Riquelme.

—«Mañana será un gran día para Chile».

—¿Por qué, comandante Prat?

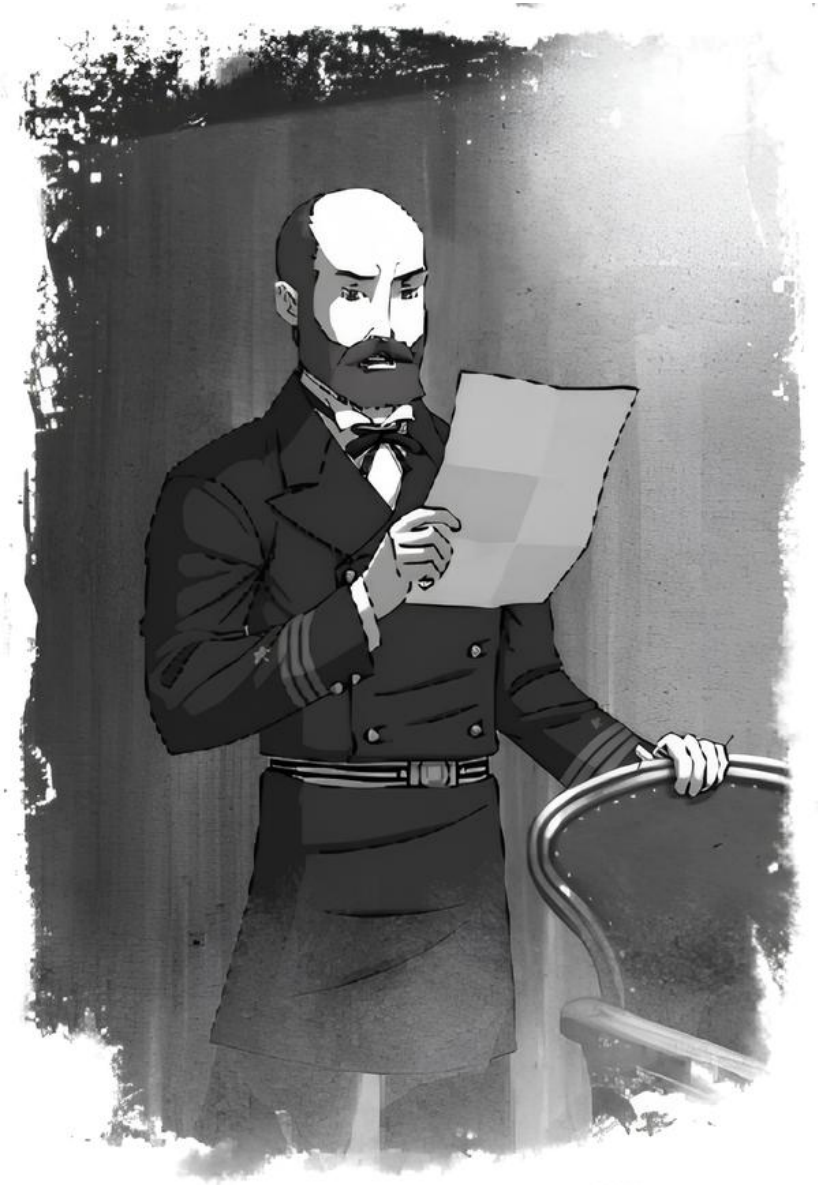
La pregunta cogió de sorpresa a Prat, que no había querido expresar en voz alta su pensamiento.

—No me haga caso, guardiamarina —repuso, riendo con turbación.

El guardiamarina Riquelme, aprovechando que se había acercado al comandante, le pidió permiso para trasbordar al día siguiente al vapor *Lamar*.

—Quisiera enviar una carta a mi madre en el *Lamar*, señor —le explicó.

—Puede usted hacerlo, señor Riquelme —concedió Prat.



Tenía predilección por ese muchacho alto, elegante, delgado y sentimental como un poeta. Lo había conocido en la Escuela de Derecho, cuando se propuso ser abogado además de marino, y guardaba muy buenos recuerdos de las charlas que sostuvo entonces con él, que era apenas algo más que un niño.

—¿Conocen ustedes a la madre de Riquelme? —preguntó a Serrano y Uribe, que estaban sentados a su lado. Como ellos negaran, siguió diciendo—: Es profesora. Se llama Bruna Venegas de Riquelme. Está casada con un personaje muy interesante. ¿No han oído hablar de José Riquelme, el primer taquígrafo que hubo en Chile?

Uribe y Serrano se miraron. El último hizo un gesto cómico y trató de silabear el vocablo:

—Taqui… taqui… ¿Cómo dijiste, Arturo? —Prat rió de buenas ganas.

—¡Ah, soberano ignorante! —exclamó con afecto.

—Buenooooo…, yo no soy un marino-literato como otros —se defendió burlón el teniente 2.º.

—¡Hum, marino-literato! —repitió Prat—. Pero si a mí hasta me bautizaron con agua de mar —agregó, como si recién recordara ese antecedente.

—¿Cómo fue eso, Arturo? —preguntó interesado Uribe.

Prat se arrellanó en su sillón y empezó a narrar en voz baja:

—Cuando yo tenía poco más de un año, me trajo mi tío Andrés Chacón desde Talcahuano a Valparaíso, en un buque de vela. El viaje se alargó en forma imprevista, por el mal tiempo, y el capitán se vio obligado a ordenar una rigurosa economía del agua dulce. Entonces mi tío no halló mejor solución para mantenerme aseado que reemplazar mi baño diario de agua tibia por un chapuzón matinal en el mar. Ya ven, fue mi bautismo marinero.

—¿Tú eres santiaguino, Arturo? —preguntó Serrano, curioso.

—No, mi amigo —se apresuró a negar el comandante, y puntualizó con orgullo provinciano—: Soy sureño; nací al pie de los cerros Cayumanque y Coiquén.

—Me imagino que no nacerías en un árbol —bromeó Uribe.

—Casi, casi. Nací en una hacienda, en San Agustín de Puñual. ¿Saben ustedes dónde queda eso? En el valle del Itata, al pie de los Andes, en mitad de un llanito que parece una copia en miniatura del Paraíso.

Recordaba con acendrado cariño su valle natal, cruzado por centenares de esteros. Junto a una de estas venas de agua se levanta el pueblecito de Ninhue. Con la cabeza un poco echada atrás, Prat lo iba rememorando:

—El pueblo es una sola calle, de unas seis u ocho cuadras de largo, rodeada por casas de adobes, cubiertas por grandes tejas rojas. De los patios plantados de naranjos surge, al comenzar el invierno, la fragancia de los azahares. Mi pueblo está envuelto por un macizo de selva, y en los días que soplaba el viento sur nos llegaba el parloteo de centenares de choroyes.

Enfrascado en sus recuerdos, se dejaba llevar por el hilo de la rememoración y hablaba con voz impersonal, como si estuviera relatando una historia ajena.

—Los Prat son de estirpe marinera —dijo—; vienen del golfo de Cataluña. Los míos tuvieron su origen en el pueblo llamado Prat de Compte, cerca de la inmortal Sagunto. Mi bisabuelo materno era un marino toscano, natural de Pisa, apellidado Barrí. Vino desde Buenos Aires en uno de los barcos que el general José Miguel Carrera contrató en Estados Unidos para libertar a Chile. El esquife en que llegó mi bisabuelo era comandado por un célebre cura, Julián Uribe, y llevaba estampado en el mascarón de proa tu propio apellido, Lucho: *El Uribe*.

—Ya lo sé —confirmó el aludido—; y el barco se hundió al pasar el estrecho de Magallanes, sepultando al cura Uribe, a tu bisabuelo y a todos los que se atrevieron a navegar en él.

Un poco amodorrado por el vaivén de cuna de la *Esmeralda*, Prat continuaba recordando a sus antepasados:

—Mi abuelo materno, don Pedro Chacón y Morales, muerto hace nueve años, fue amigo predilecto de los generales San Martín y O'Higgins,
y era tan patriota que, cuando el Ejército Libertador marchó al Perú, cada vez que los correos traían noticias halagadoras de las armas chilenas, izaba una inmensa bandera en la puerta del almacén que tenía en la calle que entonces se llamaba «Atravesada de la Compañía». Y tanto hizo flamear su bandera, que la gente llegó a llamar esa calle por el nombre que ahora lleva: calle de la Bandera.

Todos los oficiales rieron. Prat, al oír las risas, pareció despertar de su ensueño y se avergonzó algo por haber hablado tanto de los suyos.

—No me dejen parlotear tanto de mi familia —murmuró—; me olvido de que ustedes no tienen razón para quererla como yo.

—Eso mismo es lo que le digo a mi mujer en mis cartas —terció Ignacio Serrano—. Ella me escribe repitiéndome: «Háblame de ti, hijito, dime qué haces, cuéntame adónde los llevan»… Y yo le respondo las mismas frases: «A caballo en mi barco y encerrado en Iquique. Pregunta mejor a uno de mis cuatro hermanos, ellos saben más que yo de la guerra».

Sus compañeros estallaron en una carcajada, por el tono guasón con que había expresado su fastidio por no participar en la guerra, como seguramente lo estaban haciendo sus hermanos. Ramón Serrano era teniente 1.º de la *Magallanes*; Eduardo era guardiamarina del *Blanco*; Ricardo, teniente del 3.º de Línea, y Rodolfo, el menor, que estudiaba medicina al estallar la guerra, se había enrolado como ayudante en el cuerpo de cirujanos.

—¿A tu esposa la dejaste en Tomé, Ignacio? —le preguntó Uribe.

—No, Lucho —repuso el teniente, bajando tristemente la cabeza —. Mi casa en Tomé se la llevó el diablo.

Ignacio Serrano era gobernador marítimo de Tomé al comenzar la movilización. Llamado al mar nuevamente, perdió su puesto y se vio obligado a deshacer su casa.

—A mi Emilia tuve que dejarla en Puerto Montt, en casa de unos amigos —explicó conmovido—. Llevamos siete años de casados… Tú la conoces, Arturo, ¿verdad?… Pues, pese a mis calaveradas…, siempre la he querido con el alma.

Rió con desgano para disimular su emoción y sacó del bolsillo interior de la casaca un retrato. En ese momento entraba el guardiamarina Riquelme. Lo llamó con tono zumbón:

—¡Eh, tu, guardiamarina enamorado, ven acá! —Riquelme se le acercó asombrado.

—Ven a mirar el retrato de una mujer hermosa… y noble… —le dijo el teniente, poniéndole ante los ojos la imagen de su esposa.

Pero estaba tan conmovido que él mismo decía en voz baja:

—Linda…, muy linda…

El guardiamarina, inclinado por sobre el hombro de Serrano, la miraba y se sentía traspasado de emoción, al recordar a su propia novia.

—Sí, es muy linda su esposa, teniente Serrano —comentó.

Uribe rió, nervioso y casi agresivo.

—Ya sé qué estás pensando, Riquelme —intervino—: «Muy linda

la señora de Serrano, pero mi gringuita de Liverpool…».

Se calló repentinamente y, en forma inexplicable, su risa fue terminando casi en un sollozo.

De pronto Arturo Prat se puso de pie y, muy pálido, se encaminó hacia la puerta.

—Con permiso, señores oficiales —dijo saliendo—, voy a practicar una ronda por cubierta.

—Te pones tonto a veces, Serrano —reprochó Uribe a su compañero—. Tú sabes cómo quiere Arturo a su Carmelita y te has puesto a sacar retratos y a hablar del hogar.

—Lo siento. No fue mi intención provocarle nostalgias.

—¡Norberto —dijo en voz alta—, sírvenos otra copita de coñac! Todavía estamos dentro de lo permitido por la Ordenanza.

Serrano comenzó a monologar en voz baja, con la vista fija en la copita llena de licor, que encerraba en su diestra.

—¡Cómo iba a querer causarle pesar a Prat, cuando desde mayo de 1865, fecha en que entré en la Escuela Naval, he sido su compañero y amigo! Y aun más, el primer barco que pisamos ambos, cuando ascendimos a guardiamarinas, fue esta vieja *Esmeralda*, la madre común, como la llamábamos todos: Juan José Latorre, ustedes, Condell, Jorge Montt, los pichones de marinos de aquella nidada.

—Arturo Prat salvó este buque —recordó Uribe—. ¿Te acuerdas Serrano de aquel temporal de la noche del 24 de mayo de 1876?

—El viento parecía que iba a arrancar las casas de Valparaíso y las olas saltaban por sobre los muelles.

Prat era segundo comandante de la *Esmeralda*; el comandante era Patricio Lynch. El temporal estalló de repente y las anclas de la nave garrearon hacia las rocas de la costa. Nadie pensaba que pudiera salvarse. Había cortado sus amarras y terminó girando en torno a la cadena del anclote de proa.

Prat llegó al muelle y gritó exigiendo que algún botero lo trasladara al barco. Pero ninguno se atrevió. Y sólo cuando lo vieron saltar a una lancha y coger él mismo los remos, uno se sintió contagiado por su valor. Cruzaron la bahía, convertida en un infierno de olas hirvientes, y se acercaron a la *Esmeralda*. Pero era imposible atracarse. Fue preciso que, desde cubierta, le echaran un cabo. Cuando Prat se cogió de él, la fuerza del mar lo arrancó de la

lancha y lo sumergió en la masa de agua. Luchó nadando y trepando por la cuerda, casi media hora. Por fin logró subir a cubierta y, agotado y entumecido de frío, dirigió la maniobra hasta que sacó a la *Esmeralda* fuera de la zona de peligro.

—Hay veces que me quedo mirándolo, erguido allá arriba, en el puente, y me da un no sé qué… —confesó ingenuamente el guardiamarina Riquelme—. Lo veo apoyado en la baranda, y ¡juraría que acaricia la madera! Yo lo sé: le hace cariño a la *Esmeralda*.

—Yo también quiero mucho a Prat —afirmó Uribe—. Tú sabes, Serrano, somos compañeros desde que entramos a la Escuela Naval. Juntos hicimos toda la campaña marítima en la guerra contra España. A él lo premiaron por su participación en la victoria de Papudo, donde, el 26 de noviembre de 1866, junto con el comandante Manuel Thomson, capturó la *Covadonga*. Entonces lo ascendieron a teniente 2.º y me dejó un poco atrás. Pero seguimos viéndonos porque somos algo parientes.

—¿Tú, pariente de Prat? —saltó Serrano—. ¡Hombre, no inventes!

—¡Somos parientes! El tío de Arturo, don Jacinto Chacón, el jurisconsulto y poeta tan conocido en Valparaíso, se casó con mi madre, viuda desde hacía muchos años.

—¡Vaya, no sabía eso! —aceptó cómicamente Serrano—. Prat me había confiado que su tío Jacinto, como buen poeta, se había casado con una poetisa. Pero no me imaginaba que pudiera ser…

—Mi madre, sí: Rosario Orrego viuda de Uribe. ¿Ven cómo soy pariente de Prat?

Rió, celebrando su victoria, pero después volvió a ponerse serio.

—Pero más que nuestro parentesco, nos ha unido nuestra camaradería de toda la vida —explicó gravemente—. ¡Y bien me demostró él una vez qué hondo significado le concede a la amistad!

—Fue con ocasión de tu matrimonio, ¿verdad? —aventuró Serrano.

—Sí, hace seis años —comenzó el segundo comandante—. Estábamos terminando un viaje de instrucción, cuando conocí en Londres a una inglesita encantadora y me enamoré perdidamente de ella. Pero nuestro viaje terminaba y debíamos regresar a Chile. La idea de separarme de mi amada se me hacía intolerable y comprendí que debía casarme con ella. Pero, para hacerlo, tenía que cumplir con el cúmulo de trámites que dispone la Ordenanza… ¡Un cuento de nunca acabar! Y nuestro buque estaba por dejar Inglaterra.

—¿Qué hizo usted, teniente Uribe? —preguntó el guardiamarina Riquelme, con una ansiedad inexplicable para quienes no sabían que su problema sentimental era casi idéntico al que el oficial estaba exponiendo.

—¡Me casé, guardiamarina! Simplemente, me casé, saltándome la Ordenanza.

—Y así fue el consejo de guerra que te armaron —dijo Serrano, con una carcajada.

—Y me tuvieron en un calabozo también —completó Uribe—. Fue Arturo Prat, que recién se había recibido de abogado, quien me defendió y quien logró convencer a los miembros del consejo de guerra de que, en ciertas circunstancias, el amor puede ser más fuerte que el respeto a la disciplina.

—¡Yo estoy en la misma situación! —exclamó, acalorado, el guardiamarina Riquelme—. Navegué a Inglaterra en el *Cochrane*, hace dos años, cuando el blindado fue en viaje de reparaciones, y me tocó vivir en Londres varios meses. Hice un curso avanzado en torpedos, practiqué dibujo de estructuras, aprendí varios idiomas… ¡y me enamoré como un loco!

La confesión del muchacho fue acogida con burlonas condolencias.

—¡Pobre guardiamarina romántico! —dijo alguien, y todos suspiraron como damiselas.

—Sí, ríanse, ríanse —aceptaba Riquelme, afligido.

—¿Y por qué no hiciste lo que Uribe? —le echó en cara Serrano.

—No me atreví —murmuró el oficialito avergonzado, pero volvió a levantar la cabeza—. No obstante, regresé a Chile con el juramento de volver por ella y lo haré. Me está esperando. Cuando estalló la guerra, estaba preparándolo todo para ir a buscarla. Tengo comprados hasta los muebles de mi futura casa.

—¡Dios santo! —exclamó Serrano con cómica admiración—. El guardiamarina romántico volverá por su gringuita.

—¡Claro que volveré por ella! —afirmó el muchacho—. ¡En cuanto termine esta guerra!… La campana de cubierta sonó. Cambio de guardia —dijo Serrano—. Vamos.

4

Aquella misma mañana del 20 de mayo habían entrado en la rada de Arica los tres transportes peruanos con tropas y los blindados *Huáscar* e *Independencia*. Su avance se cumplía sin el menor tropiezo. El transporte Oroya lucía la insignia del presidente Prado y hasta allí llegó un oficial de la Gobernación Marítima a comunicarle que se encontraba en el puerto un conocido capitán de la Compañía Inglesa de Vapores, quien tenía una información tan valiosa que se negaba a revelársela a nadie que no fuera el presidente del Perú.

—¿Es hombre de fiar ese capitán? —investigó don Mariano Ignacio Prado.

—Es muy considerado en toda la costa del Pacífico, Excelencia.

—Pues, tráigalo a mi presencia, oficial. Al cabo de unos minutos, éste comunicó al presidente: —Aquí está el capitán inglés, Excelencia. Su nombre es Cross, capitán David Cross.

Era un hombre exageradamente alto y delgado, de un rubio ceniza. Sus ojos grises brillaban astutos.

—No quiero robar mucho tiempo a Vuestra Excelencia —dijo inmediatamente—. Sólo pretendo comunicarle un detalle que puede serle interesante.

El general Prado le agradeció impaciente, instándolo a seguir.

—Ayer pasé por el puerto de Iquique —continuó el marino—. Manteniendo el bloqueo han quedado solamente dos naves, dos barquichuelos sin ningún poderío naval.

El general Prado se quedó con la respiración suspendida.

—¿Sólo dos barcos? —preguntó—. ¿Cuáles son, capitán Cross?

—La corbeta *Esmeralda* y la goleta *Covadonga*.

Tan pronto se marchó el capitán Cross, el presidente mandó a

llamar al almirante Miguel Grau y al comandante Guillermo More, jefes del *Huáscar* y de la *Independencia*, respectivamente.

Mientras los comandantes llegaban, el mandatario se paseó nervioso por su camarote. El peso de la responsabilidad que le exigía aquel momento lo abrumaba. Como el presidente Aníbal Pinto, detestaba la guerra y la violencia en todas sus formas. Pero estaba uncido al carro bélico y no podía detenerse. Comprendía la tragedia que iba a nacer de la orden que él estaba forzado a dar. Se consolaba pensando: «¡Tienen que rendirse! No pueden ser tan locos como para afrontar una desventaja tan enorme».

La figura maciza del almirante Grau se encuadró en la puerta de la cámara, seguida por la fina y elegante del comandante More.

—Almirante Grau, comandante More —dijo el mandatario, con determinación—, los transportes *Chalaco, Talismán* y *Oroya* quedarán en Arica descargando las tropas y el material de guerra. Pero vuestros dos barcos se aprovisionarán de carbón y zarparán al momento a Iquique.

Hizo una pausa y prosiguió con voz impersonal:

—Llegarán a ese puerto en la madrugada de mañana y procederán a apresar o a hundir a dos barcos chilenos que lo bloquean. El 22 de mayo deberán capturar un convoy naval que transporta 2500 soldados chilenos y armamento para Antofagasta. Luego enfilarán proas hacia Antofagasta, cañonearán las máquinas resacadoras de agua e, implantando un rígido bloqueo, intentarán conseguir que la guarnición se vea obligada a rendirse por la sed.

—¿Y si hubiera resistencia? —inquirió el comandante More.

—Cañonearán el puerto hasta reducirlo a cenizas. Así habremos compensado en parte la destrucción que la escuadra chilena hizo en Moliendo, Pisagua, Pabellón de Pica y Guanillos. ¡Zarpen, señores! Mañana en la madrugada deben quedar rendidos los dos barcos chilenos. De más está desearles buena suerte. Los enemigos no pueden oponer resistencia.

5

Los pasos lentos y firmes del comandante Prat se acercaron al castillo de proa, donde montaba guardia Vicente Zegers. Sin volverse, el oficial lo reconoció. Los trancos del capitán Prat eran inconfundibles.

—¿Ninguna novedad, guardiamarina? —preguntó el comandante.

—Ninguna, señor —respondió el joven Zegers.

—Bien. No quite los ojos del norte, guardiamarina —le recomendó gravemente—; por allí vendrá el peligro. Hasta pronto. Le mandaré una taza de café. Hace bastante frío.

La camanchaca envolvía la bahía de Iquique en espesa cortina de niebla. Difusa y vaga, la corbeta se balanceaba en silencio sobre las olas henchidas y calmosas.

En la cofa del palo de mesana, atisbaba la noche el vigía araucano Mateo Matamala; en la cruz del trinquete, el vigía Ramón Rodríguez.

Junto a la rueda del timón, inmovilizada por su barra, dormitaba el timonel griego Eduardo Cornelio.

Al pie de un cañón de 40, que asomaba por la primera porta sobre la aleta de estribor, velaban el sargento 2.º Juan de Dios Aldea y el corneta Gaspar Cabrales.

El fanal de la escotilla que abría el descenso al entrepuente, donde dormían los tripulantes, se acababa de apagar y el sueño invadía el barco.

De pie en la toldilla de popa, el capitán Prat observaba las evoluciones lentas de las luces de posición de la *Covadonga*, que hacía la guardia del mar aquella noche, patrullando la boca de la bahía.

Terminada su ronda de cubierta, el teniente Serrano vino a acodarse junto a Prat y encendió su pipa.

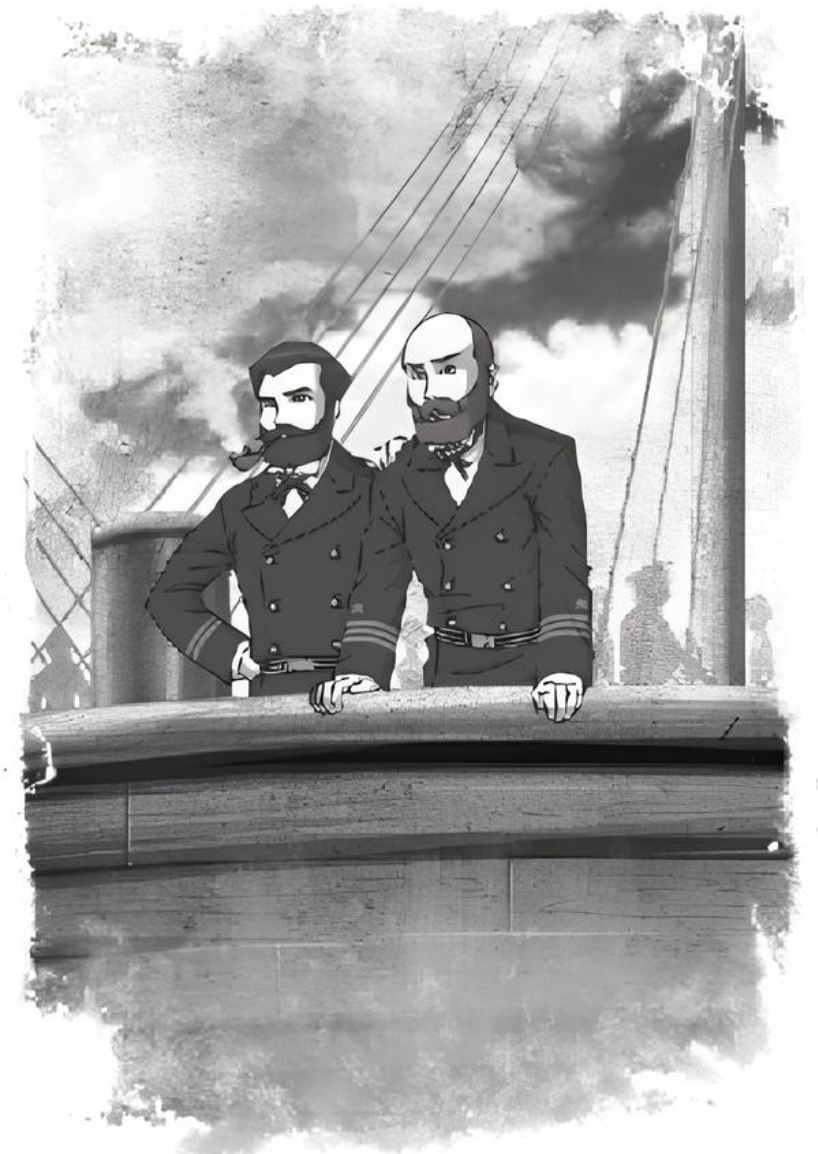
—¿Ninguna novedad por el lado de la costa? —le preguntó el comandante.

—Se divisan hileras de luces moviéndose por lo alto del cerro Molle. Seguramente tropas que toman posiciones.

—Siguen llegando más regimientos desde el interior —comentó Prat—. Bloquear Iquique y dejar libre el puerto de Pisagua ha sido una tontería.

—Más tontería es ir a atacar al Callao ahora —opinó Serrano.

—¡Silencio, teniente! En este barco no se objetan los planes superiores.



Guardaron silencio durante largo rato, embebidos en sus pensamientos.

—Estamos en las manos de Dios —murmuró de pronto Prat, sin quitar la vista del mar—. Me comprendes, ¿verdad, Ignacio?

El teniente agachó la cabeza, asintiendo:

—¡Vaya que sí! —y agregó—: no sé qué me ha dado ahora por pensar en mi tierra. Yo soy de Melipilla. Mi mujer es de Ancud, de los Goicolea de la Isla Grande.

La evocación de su esposa le iluminó el rostro:

—Siempre me ha pasado algo curioso con el recuerdo de mi Emilia. Tú sabes cómo soy yo…, un poco aficionado a las faldas. Pues créeme que cada vez que me embarco, el cariño hacia mi mujer se me va avivando a medida que ponga más millas entre ella y yo.

—A todos los marinos les sucede igual, Ignacio —afirmó Prat—. El año pasado tuve que hacer un viaje fuera de Chile, y no sabes cuánto eché de menos a mi Carmela.

—¿Por dónde estuviste navegando?

—Viajé, pero por tierra; en ferrocarril, a caballo, en diligencia…

—¿Un marino viajando en tren, a caballo?… Prat rió.

—En esos días no viajaba como marino —explicó—, y casi, casi dejé de llamarme Arturo Prat.

Serrano alzo los hombros, desorientado.

—Francamente, no te entiendo —confesó.

El comandante calló un momento, vacilando.

—Bueno —aceptó por fin—, ahora puede contarse; ya pasó todo aquello. ¿Recuerdas que el año pasado estuvimos a punto de entrar en guerra con Argentina, por los límites y el dominio de la Patagonia?

—¡Hum! Los argentinos querían para ellos el territorio de Santa Cruz al sur y el dominio del estrecho de Magallanes —puntualizó el teniente.

—Pues bien, la situación llegó a estar tan tirante durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1878, que en ambos países se creyó inevitable la guerra. En la Comandancia General de Marina se tuvo noticias de que la escuadra argentina había zarpado hacia el sur con la intención de posesionarse del estrecho de Magallanes. La jefatura nuestra estaba sobre ascuas. No se tenía idea sobre el verdadero poderío naval transandino. Para averiguarlo, se me comisionó a mí.

Serrano lo miró con la boca abierta. Atónito, arriesgó una pregunta:

—¿Quieres decir que tú fuiste…?

—Sí, hombre, sí, pero no es necesario emplear la palabra espía, que suena muy desagradable. Yo fui agente secreto de Chile en la Argentina.

Pausadamente fue evocando los incidentes de aquella labor secreta.

El Gobierno pidió al contralmirante Williams que indicara un marino que poseyera los conocimientos técnicos que requería aquella investigación. En que la designación recayera en Prat influyó mucho el hecho de que, además de marino, era abogado y profesor de cosmografía y astronomía.

Recordaba Prat que el entonces ministro de Guerra y Marina, coronel Cornelio Saavedra, luego de cerciorarse de que nadie podía oírlos, le había dicho:

—Es preciso que sea usted muy cauto, capitán. Desde luego, deberá cambiar su nombre. Sería muy riesgoso para su misión, y para usted mismo, que los argentinos llegaran a relacionar su persona con la del capitán Arturo Prat, de la marina chilena.

—Señor ministro —había respondido el marino—, con todo el respeto que le debo, me permito advertirle que, si es forzoso cambiar nombre, tendrá usted que buscar a otra persona.

—Es por su propia seguridad, capitán.

—Gracias, señor, pero me siento más seguro bajo mi nombre verdadero.

Fue inútil hacerlo variar de opinión, y durante los meses que permaneció en Buenos Aires, Montevideo, Comodoro Rivadavia y otras ciudades, actuó como «el doctor Arturo Prat».

—¡El doctor Arturo Prat! —repitió Serrano, tentado de risa.

—No te imaginas qué peripecias tuvo que vivir el doctor Prat para seguir el rastro de la escuadra argentina y enterarse de sus planes —confesó el marino—. ¡Uf, tendría para escribir un libro! Me vi obligado hasta a desenterrar los conocimientos que aplicaba cuando fui profesor de la Escuela Nocturna «Benjamín Franklin», en Valparaíso.

Serrano recordó los días en que todos comentaban la nueva «chifladura» que le había venido a Prat de dedicarse a enseñar astronomía y botánica en una escuela nocturna.

—En Bahía Blanca pasé por astrónomo —contaba el capitán— y en la boca del Río Negro fui un botánico en viaje de investigación.

Serrano se divertía imaginándolo en aquellos trajines.

—¿Me autorizas para que cuente esta aventura a los demás oficiales? —solicitó riendo.

—¡Por supuesto que no! No son asuntos para andar en la boca de los tripulantes.

—Tienes razón. ¿Y cuánto duró esa misión, Arturo?

—Partí a Montevideo el 6 de diciembre y regresé a Valparaíso a fines de febrero —recordó el capitán—. La guerra ya estaba en marcha.

—Y a ti no quiso traerte… por literato —majadereó Serrano.

—Quizás tenga razón el almirante —reflexionó Prat—. Mi mujer, en dos ocasiones, me ha pedido que abandone la marina y me dedique a mi profesión de abogado.

—¿Has pensado dejar el mar? —lo interrumpió el teniente, escandalizado.

—Tú sabes cómo amo yo el mar, con qué intensidad gozo de las olas y del cielo.

El comandante hizo una pausa y repitió, con tristeza:

—¡Dejar el mar! He logrado aplacar, en parte, la insistencia de Carmelita, prometiéndole que tan pronto termine la guerra, postularé a la Auditoría de Marina.

—Me parece acertado. Así serás marino y abogado al mismo tiempo.

—Pero antes, en cuanto cesen las hostilidades, solicitaré una licencia y me iré con los míos al Viejo Mundo. Estoy ansioso de llevar a mi Carmela y a los niños a conocer Europa.

—Tendrás que hacerlo pronto —le advirtió su compañero—. Con tu afición a los niños, no es aventurado pensar que llegarás a tener una media docena.

—Ya hemos tenido tres. El mayorcito murió, por desgracia.

El marino recordó con orgullo a sus otros dos pequeños: Blanquita y Arturo.

—A mi hijo menor quería ponerle un nombre heroico —comentó —, el de algún gran hombre de la antigüedad; Héctor, por ejemplo.

—Pero tu esposa quería llamarlo Arturo y no hubo más que hablar —comentó riendo el teniente.

Prat rió igualmente divertido.

—Se aprovecharon de que nació mientras yo viajaba como

agente secreto y le pusieron mi nombre: Arturo. Pero mira tú si yo soy un marino de corazón o no. ¿Sabes cómo se llama mi hijita?

Había posado su diestra en un hombro de Serrano y lo interrogaba con ojos brillantes:

—Blanca —dijo el teniente, sin entender la razón de ese entusiasmo.

—No, Ignacio; se llama Blanca Estela.

Había pronunciado el nombre con deleite.

—Ella es la blanca estela de mi barco —continuó—, del barco de mi vida; la blanca estela que deja el amor que nos une a Carmelita y a mí. ¿Comprendes?

Serrano asintió conmovido. Prat aspiró profundamente el aire del mar.

—¡Vaya con los recuerdos! —dijo algo turbado por su arrebato sentimental. Sacó su reloj y advirtió a su subalterno:

—Vamos a la cámara para echar a dormir a los oficiales trasnochadores.

Desde abajo subieron unas campanadas marcando las once. Había calma en el mar.

6

Cincuenta millas más al norte, en la rada de Pisagua, amainaban su jadeo el *Huáscar* y la *Independencia*. Habían entrado en la bahía a las ocho de la tarde. El almirante Miguel Grau y el comandante More ahora estaban encerrados en la cámara del *Huáscar* con las autoridades de tierra, para celebrar una sigilosa conferencia.

A las diez de la noche, el almirante Grau, aplomado y sereno, surgió por la puertecilla de acero que daba acceso a la cubierta del monitor. Lo seguían el jefe de la *Independencia* y los militares de tierra. El almirante llamó al oficial de guardia y le dijo:

—Que toda la tripulación se acueste al momento y duerma. Deberán hacerlo vestidos y con sus armas junto a los coyes. Se mantendrá la guardia de costumbre en la cubierta, las torres y cofas.

—Usted ordena, señor almirante.

—Diga usted al ingeniero 1.º que venga a recibir mis órdenes y que mantenga, por el momento, los fuegos encendidos.

El oficial se alejó a la carrera y el almirante fue caminando lentamente por la cubierta, examinando los dos cañones pareados que asomaban sus tubos en la enorme y redonda torre blindada giratoria. Luego se dirigió hacia los cañones más pequeños, emplazados en troneras de las aletas de estribor y babor.

El comandante More y los militares le siguieron respetuosamente a dos pasos de distancia.

Mientras el almirante examinaba uno de los cañones, el jefe de la *Independencia* se atrevió a preguntarle:

—¿En definitiva, señor almirante…?

Grau levantó la cabeza y especificó:

—Las tripulaciones de ambos blindados descansarán hasta las cuatro de la madrugada, señores. A esa hora, el *Huáscar* y la *Independencia* zarparán rumbo a Iquique.

—¡A las cuatro de la madrugada! —repitió More, extrañado—. Llegaremos a Iquique ya amanecido.

—Justamente cuando comience a levantarse la camanchaca, comandante —puntualizó el almirante.

—¿Y por qué no caer sobre los barcos chilenos antes que se haga de día? —propuso el otro marino.

Grau lo miró y pareció que iba a replicar con aspereza, pero se contuvo.

—¿Conoce usted los fondos de la bahía de Iquique tan minuciosamente como para maniobrar allí su fragata de 2000 toneladas sin que los escollos le destruyan la quilla? —preguntó. Como su interlocutor no respondiera, volvió a ordenar—: Surgiremos en Iquique junto con producirse la luz del día. Navegaremos muy apegados a la costa y tratando de que el humo de nuestras chimeneas no permita a los vigías chilenos identificarnos, sino cuando estemos ya en la boca de la bahía. ¿Comprendido, señores? Todos aprobaron.

—Coronel —añadió Grau, dirigiéndose a uno de ellos—, sírvase comunicar al jefe de la plaza de Iquique, general Buendía, nuestro arribo a las…, ¡a las 7.30 de la mañana!

—Bien, señor almirante.

—Los demás, a descansar hasta las cuatro —terminó el jefe naval, autorizándolos para retirarse.

Pero él siguió revisando las baterías.

—¿Se repasó el funcionamiento de los cañones y ametralladoras, teniente Velarde? —averiguó al oficial que le servía de ayudante.

—Prolijamente, señor.

—Pues vuelva usted a hacerlo repasar, señor teniente, porque al alba estos cañones tendrán la responsabilidad de nuestra empresa y, enseguida, de ellos dependerá la suerte de nuestro asalto a Antofagasta.

Después de dar una vuelta completa por la cubierta, el almirante Grau descendió a su cámara, decidido a dormir hasta las cuatro menos cuarto.

7

La luna menguante empalidecía las estrellas y platinaba las olas henchidas por la fuerza de la alta marea.

Al norte, casi enfrentando El Callao, la escuadra de Chile, arrastrada por la porfía del contralmirante Williams, orzaba de bolina contra el viento septentrional, junto a las islas Hormigas de Afuera.

Allí, los oficiales de la flota escuchaban, en la cámara del *Blanco*, el plan que había forjado el contralmirante. Éste, destrozado por las úlceras que le carcomían la garganta, hablaba disimulando su martirio:

—Dejaremos transcurrir todo el día de mañana, 21 de mayo, escondidos tras la isla San Lorenzo, que cierra la visión desde El Callao. Luego, entre 2 y 3 de la madrugada, el *Abtao* se dirigirá con su máximo andar sobre la línea de barcos enemigos y tratará de flanquearla o de forzarla, según crea conveniente, para tomar colocación entre las baterías de la costa y los barcos. ¿Comprendido, comandante Thomson y oficiales del *Abtao*?

Varios respondieron afirmando.

—Cuando la nave encuentre la ubicación precisa, el comandante Thomson encenderá la mecha tendida hasta la santabárbara y la abandonará junto a su gente, utilizando la lancha a vapor. Durante la retirada irán gritando a todo pulmón: «¡Sesenta quintales de pólvora! ¡Incendio, incendio!»… Aprovechando la luminosidad del siniestro —prosiguió el contralmirante—, el *Blanco* y el *Cochrane* se lanzarán al espolón sobre los buques enemigos, disparando al mismo tiempo sobre la ciudad para que se incendie.

Un murmullo surgió de la masa de oficiales al oír aquella parte del plan. Jamás se había hablado de bombardear El Callao. Pareció

que algunos iban a oponer objeciones, pero no se atrevieron.

Cuando el almirante continuó su exposición, ya había pasado la oportunidad de oponerse:

—Los botestorpedos en que se han transformado las lanchas de los blindados entrarán sigilosamente, deslizándose por entre las naves neutrales ancladas en la bahía, y aplicarán sus torpedos contra los blindados y monitores enemigos. Y los buques de madera, o sea, la *Chacabuco*, la *Magallanes* y la *O'Higgins*, se mantendrán a 2000 metros de los fuertes, cañoneándolos, así como también a la ciudad. ¿Comprendido, señores oficiales?

La aprobación fue apenas un murmullo. La audacia de asaltar a los barcos enemigos dentro de su propio reducto se veía opacada por la orden de incendiar la ciudad.

—Regresen ya a sus naves y les deseo buena suerte en la noche

de mañana —concluyó el contralmirante.

8

En la bahía de Pisagua, el *Huáscar* y la *Independencia*, con sus calderas a media presión, esperaban las cuatro de la madrugada para lanzarse sobre los bloqueadores de Iquique.

Éstos, ignorantes de la hora precisa en que les llegaría el golpe, reposaban en sus naves, tensos por la incertidumbre, sin dormir, de espaldas en las literas y los coyes.

En tierra también otros esperaban. El general Buendía había hecho bajar cañones desde el cerro Molle y, al amparo de la oscuridad, los distribuía detrás de las rocas de la playa, enfocados hacia los barcos chilenos.

Sin embargo, el jefe militar estaba seguro de que no serían necesarios. Los chilenos tenían que rendirse a los primeros cañonazos de los blindados. Tendrían que estar locos para proceder de otra forma.

El general lo había conversado largamente con sus coroneles. Allí se decidiría la guerra. Rendidos los barquichuelos, el *Huáscar* y la *Independencia* recogerían soldados y municiones en Iquique y proseguirían inmediatamente al sur. A la altura de Antofagasta, capturarían los transportes chilenos que llevaban soldados, víveres y armamento para nutrir a la guarnición de aquel puerto; por último, rendirían las defensas de Antofagasta por la sed o la metralla. El ejército boliviano descendería a la carrera desde el altiplano, para recuperar su puerto, y antes que la escuadra chilena regresara del Callao o el Gobierno de Santiago pudiera tomar alguna medida eficaz, los ejércitos aliados se habrían extendido hasta más al sur de Taltal, mientras los blindados peruanos bombardearían Valparaíso.

9

En su cámara, acompañado sólo por los crujidos de su querida nave, el capitán Prat escribía. Terminaba su carta, cuando alguien golpeó en su puerta.

—Adelante.

Era el teniente Serrano. Se veía pálido y cansado.

—¿Todos duermen ya, teniente Serrano?

—Todos, comandante. Ya relevé la guardia. Tuve que dar el turno del guardiamarina Riquelme a Arturo Wilson. El muchacho está con un ataque al hígado. Me pidió autorización para pasar mañana a la *Covadonga* para que lo atienda el cirujano Videla.

Prat se dio cuenta de que Serrano no había venido a hablarle de eso. Pero no podía tomar la iniciativa, interrogándolo, sino que tenía que esperar a que el oficial se decidiera a exponer el motivo de su visita. Siguió, pues, habiéndole de su informe de rutina.

—¿Y por qué no lo atiende nuestro doctor Guzmán?

—Cosas de niño consentido. Dice Riquelme que don Pedro Regalado Videla es pariente suyo y que le tiene mucha fe.

—Está bien. Que proceda como estime mejor. —Esperó, inclinado sobre su carta. Como Serrano no se decidía a hablar, le dio las «buenas noches». Pero el oficial no respondió ni se movió de su sitio.

—Buenas noches, teniente —repitió el comandante, mirándolo.

Serrano abrió la boca, vaciló y por fin tartamudeó:

—Comandante… ¡Escucha, Arturo! Quisiera pedirte un favor.

—Siéntate, Ignacio —le indicó Prat, con afecto—. Dime qué te pasa.

—No sé —dijo el oficial, tomando asiento—. Es que… esto de saber que, en cualquier momento, pueden caer sobre nosotros los

blindados enemigos y esperarlos tantos días, sin que lleguen, me ha socavado un poco.

—A todos nos ha pasado igual, Ignacio —lo consoló el comandante—. Dime ¿qué puedo hacer por ti?

—Es una simpleza —murmuró turbado Serrano—, pero tú eres tú, distinto a los demás, por eso me atrevo a decírtela, sabiendo que me comprenderás.

Sacó una cartera del bolsillo interior de su casaca.

—Mira, aquí tengo un retrato de mi Emilia y una carta que acabo de escribirle. Si tuviéramos que combatir, sería en una desigualdad muy aplastante…, quizás muchos de nosotros caigan…, posiblemente yo.

Prat iba a protestar, aunque sin convicción, pero Serrano lo atajó, tranquilo:

—Es casi seguro, ¿no es cierto? ¿A qué engañarnos? Pues bien, poniéndome en ese caso, quisiera pedirte que…, que me saques de este bolsillo el retrato y la carta a mi mujer, y se los hagas llegar junto con mis cosas.

Prat tuvo que hacer un esfuerzo para impedir que los ojos se le humedecieran de lágrimas.

—¿Lo harías por mí, Arturo? —le rogaba Serrano—. ¿No lo harás por tu viejo compañero de escuela?

—¡Por supuesto, muchacho, por supuesto! —repuso el comandante, intentó sonreír, pero tenía las mandíbulas rígidas—. Para que veas cuánta confianza tengo en que la suerte seguirá mimándote, voy a pedirte el mismo servicio. Aquí, en mi cartera, está el retrato de mi Carmelita. Detrás tiene una frase presuntuosa, pero que refleja desde cuándo la quiero. Mira.

En el dorso de la fotografía decía: «La tengo desde 1869».

—O sea, desde cinco años antes de casarme, desde que ella no era para mí más que «la hermosa señorita Carmela Carvajal, la cuñadita de mi tía».

Dejó el retrato sobre la mesa. Había conocido a su esposa gracias a ese parentesco con una de sus tías. Recobrando dominio, pidió a Serrano:

—Si algo me sucediera, Ignacio, hazme el favor de recoger mis papeles y este retrato y llévaselos a Carmelita, advirtiéndole que…, que zarpé para el otro mundo pensando en ella.

—Así lo haré, Arturo.

Ya tranquilizados por el mutuo encargo, se saludaron serenamente.

—Buenas noches, comandante.

—Buenas noches, teniente.

La mañana, sin transición de penumbra, típica de los puertos semitropicales, se había abierto súbitamente.

Pero el silencio cerraba aún los párpados de las tripulaciones de la *Esmeralda* y la *Covadonga*. De pronto, la atmósfera idílica se rompió:

—¡Dos humos al norteeeee!… ¡Dos humos al norteeeee!…

El grito del vigía bajó desde la cofa más alta de la *Covadonga*, que vigilaba en la boca de la bahía.

El oficial de servicio, el guardiamarina Miguel Sanz, corrió a la banda de estribor y se trepó a la batayola. Junto a él, sobre los empalletados de redes, velas y cuerdas, el capitán de altos, Juan González Concha, escrutaba ya el horizonte.

—Allí vienen —dijo—, y no deben ser de los nuestros; no vendrían tan apegados a la costa, como escondiéndose. Además, ningún buque chileno echa tantísimo humo.

—¡Contramaestre Vargas —gritó el guardiamarina—, corra a despertar al comandante Condell y particípele que se avistan dos humos!

Entretanto, muchos tripulantes habían comenzado a agruparse en la banda de estribor y clavaban los ojos en los humos.

—Para mí…, para mí que son peruanos —dijo de pronto el capitán de altos González. Todos treparon, atropellándose, a la flechadura de los obenques, para ver mejor. Las voces se confundían, nerviosas:

—No me quita naiden que una es la *Unión*.

—La otra tendría que ser la cañonera *Pilcomayo*, entonces.

Hasta el cirujano de a bordo, doctor Pedro Regalado Videla, llegó armado de un largo catalejo y lo enfocó hacia los humos. Después de observarlos preguntó:

—¿Alguno de ustedes ha navegado en los barcos de guerra peruanos?

Varios marineros se consultaron entre ellos, hasta que uno recordó:

—¡El fogonero Gumercindo Sepúlveda, mi doctor! Andaba por aquí, recién. ¡Eh, Sepúlvedaaaa!

El fogonero se acercó al oírse llamar.

—¡Tome este anteojo y mire los humos que se acercan! —le ordenó el guardiamarina Sanz.

El hombre se aplicó el catalejo a un ojo, haciendo una cómica morisqueta. Pero, súbitamente, aflojó el rostro.

—¡Por la vida, mi guardiamarina! —exclamó asustado.

—¡Diga, Sepúlveda! ¿Qué barcos son?

—El que viene adelante, mi guardiamarina…, ¡es el mismito monitor *Huáscar*!

En ese instante salía el comandante Condell a la carrera por la escotilla que conducía a su camarote. Llegó abrochándose la casaca.

—¡Oficial de servicio!, ¿qué barcos son los que se aproximan? —preguntó.

—El fogonero Sepúlveda acaba de identificar al primero como el monitor *Huáscar*, señor —repuso el guardiamarina Sanz.

—¿En qué lo has reconocido, hombre? —inquirió el comandante, arrebatándole el catalejo.

—En que tiene dos palos pelados y sin crucetas, mi comandante.

Condell acomodó el anteojo a su vista. Se mantuvo así durante varios minutos, observado tensamente por toda la tripulación, que ya estaba en cubierta. Por fin, bajó el catalejo y dijo:

—Teniente Orella, dispare un cañonazo de prevención a la *Esmeralda*. Esos barcos son el *Huáscar* y la *Independencia*.

Un murmullo ronco corrió por la cubierta. ¡Por fin llegaban los blindados peruanos!

El comandante Condell tomó al instante las medidas más aconsejables.

—¡Timonel Vargas, cierre la caña a babor! Vamos al encuentro de la capitana. ¡Corneta Pantaleón Cortés, zafarrancho de combate!

Entretanto, los 114 tripulantes, enardecidos por el toque vibrante de la corneta, corrían diseminándose por la cubierta y por los castillos y se lanzaban a trepar la arboladura para ocupar sus puestos de combate, Condell observaba a los barcos enemigos y calculaba las posibilidades de salvar de aquel encuentro. Sabía que el Huáscar era un monitor de 1 130 toneladas, protegido por un blindaje de 4 1/2 pulgadas, que tenía un andar de 11 nudos y estaba

artillado con dos cañones de proyectiles de 300 libras, que giraban protegidos por una enorme torre de hierro, de 5 1/2 pulgadas de espesor; tenía, además, dos cañones de 40 libras escondidos tras parapetos de hierro y un cañoncito de señales de 12 libras. La torre de mando era también un cilindro de metal, desde la cual el almirante Grau examinaría el combate por una ranura del ancho de los ojos.

Por su parte, la *Esmeralda* era una vieja corbeta de madera de apenas 850 toneladas y 12 cañones de 40 libras, y su velocidad máxima, en las mejores condiciones, alcanzaba sólo a 6 nudos.

La *Independencia* era una fragata blindada de 2000 toneladas, protegida por una coraza de hierro de 4 pulgadas de grueso y tenía un andar de 13 nudos. Su artillería era de 22 cañones de 150 y 70 libras, además de una colisa en proa de 250 libras, la que podía ir disparando sin necesidad de bandear el barco.

En oposición a ella, la *Covadonga* era una goleta de 400 toneladas, sin más artillería que dos cañoncitos de 70 libras.

—Este combate es imposible, comandante Condell —dijo a su lado el cirujano Videla, como si le adivinara el pensamiento.

Condell frunció los labios tercamente y dictaminó:

—¡Debemos cerrarles la ruta al sur! ¡Somos los últimos que podemos cerrarles el paso!

Igual pensamiento dirigía las acciones del comandante Prat. También en la *Esmeralda* resonaba el toque de zafarrancho y la marinería, así como los fusileros de la guarnición de artilleros de marina, tomaban sus colocaciones, decididos al combate.

Los dos barcos enemigos se proyectaban ya en la boca de la bahía. Adelante asomaba el *Huáscar*, desplegando sobre su corto palo de mesana una enorme bandera, su insignia de combate, que rozaba el agua, por la popa.

Prat levantó los ojos hacia su propia bandera, el tricolor reglamentario de 5 metros de largo, y dijo al teniente Serrano:

—Nadie la bajará del pico de mesana, ¿me entiende, teniente? Y si nos vemos muy apremiados, para confirmar que no nos rendiremos, usted o yo izaremos una segunda bandera en el tope de mesana.

—Comprendido, comandante.

La *Covadonga* se acercaba por popa, moviéndose ágilmente.

—Salgámosle al encuentro y pongámonos al pairo —ordenó Prat a Serrano.

—¡Cierra a babor! —gritó el teniente al timonel, y enseguida ordenó a los ingenieros, por medio del telégrafo de campanillas—: ¡Adelante, a toda máquina!

La corbeta comenzó a virar, a tirones. Al pasar la proa frente a la playa, los dos marinos pudieron apreciar los aprestos bélicos que se hacían en tierra.

—¿Se fija usted, comandante? —le advirtió Serrano—. Los soldados se preparan para tomar parte en el drama y el pueblo iquiqueño toma palco en los techos y en los cerros.

Prat iba a contestar algo, cuando una sorda explosión estremeció las entrañas de la nave. Enseguida vino una segunda, más intensa, que balanceó hasta los tres mástiles.

—¡Teniente —gritó Prat—, algo ha hecho explosión en la sentina!

—¡Mire usted, comandante, comienza a disminuir el andar; ya casi no nos movemos! —señaló Serrano.

El jefe cruzó apresuradamente la cubierta, yendo hacia el

telégrafo que comunicaba con la sala de máquinas, pero, antes de llegar a él, se abrió una escotilla y asomó el rostro demudado del ingeniero Mutilla.

—¡Comandante —gritó desolado—, al forzar la máquina estallaron dos de las calderas!

Prat se detuvo, como si lo hubieran golpeado, y se quedó mirando al ingeniero.

—¿No hay forma de reparar el daño? —preguntó en voz baja, para no provocar alarma.

—Imposible, comandante —musitó Mutilla.

—¿Podemos seguir navegando con una sola caldera?

—Sí, señor, pero… a dos o tres nudos.

La *Esmeralda* estaba fatalizada. ¿Qué resistencia podría oponer a los dos blindados que navegaban a once nudos?

—¿Combatiremos… de todos modos? —balbuceó Serrano.

—¡Sí, señor! —replicó el comandante con violencia—. ¡Aunque la *Esmeralda* se niegue a seguir moviéndose! ¡Tenemos que impedirles pasar al sur!

La *Covadonga* llegaba en ese instante y emparejaba su proa a la popa de la capitana.

—«¡Comandante Prat, tenemos al *Huáscar* y la Independencia encima!» —gritaba Condell por medio de la bocina.

El jefe de la *Esmeralda* avanzó hasta la borda y le ordenó, también con una bocina:

—«Seguir mis aguas. Guardar sus fondos. Cada cual a su puesto y cumplir con su deber».

Vibrante, a pesar de la distancia, llegó la respuesta de Condell:

—«*All right*!».

Arturo Prat miró hacia el mar. Los barcos enemigos estaban ya a poco más de dos mil metros. Pensó que alcanzaba a cambiar su ropa por su uniforme de parada. Se encaminó rápidamente hacia su cámara, pero al pasar junto a Uribe reflexionó en que la lucha sería larga y que la mayor parte de los tripulantes no había podido tomar su rancho de la mañana. Ordenó al segundo que dispusiera el almuerzo de la gente y que colocara una señal a la *Covadonga* consultando si había almorzado su tripulación. Dada la orden, siguió caminando, pero antes de llegar a su destino le interceptó el paso un personaje que lucía extraño entre los marineros y artilleros.

Era un civil, el tripulante 201, el ingeniero Agustín Cabrera, que, habiendo sido enviado al norte por la Comandancia General de Marina, para que rastreara el cable submarino e interpusiera aparatos que establecieran la comunicación entre Iquique y Valparaíso, se había quedado atrapado a bordo de la *Esmeralda*.

Tímidamente abordó a Prat.

—¿Y yo, señor, en qué podré ser útil?

El capitán lo contempló asombrado, pero luego, comprendiendo el afán patriótico que movía al ingeniero, le dijo:

—Trate de llevar un apunte minucioso de los efectos de los disparos, sean nuestros o de los enemigos, y si esto no fuera posible, ayude al cirujano cuando sea necesario.

Reconfortado por la actitud de aquel civil, Prat bajó a su cámara a ponerse su uniforme de parada.

10

Entretanto, al embocar la bahía, el *Huáscar* enarboló una segunda bandera de combate en la driza de su palo mayor. El almirante Grau hizo tocar «generala» y la tripulación formó sobre cubierta.

—«Tripulantes del *Huáscar* —los arengó desde la alta torre de mando—. Ha llegado la hora de castigar al enemigo de la patria; y espero que lo sabréis hacer, cosechando nuevos laureles y nuevas glorias, dignas de figurar al lado de Junín, Ayacucho, Abtao y 2 de Mayo. ¡Viva el Perú!».

—¡Vivaaaaa! —corearon trescientas voces.

—¡Guarecerse todos tras los parapetos y blindajes! ¡Adelante las máquinas: a ocho nudos!

El barco se encabritó con el empujón de la vigorosa máquina y rasgó las olas hacia los barcos chilenos. El almirante Grau bajó al interior de la torre blindada y ordenó a los artilleros apuntar los cañones de 300 libras sobre la *Esmeralda*.

11

En aquellos instantes el comandante Prat volvía a subir a cubierta y hacía dar orden, por banderas, al transporte *Lamar*, de que se alejara a toda máquina hacia el sur, buscando la salvación en su velocidad, ya que no era un barco armado.

Luego se puso en comunicación con la *Covadonga*, ordenando a sus artilleros:

—«Reforzar las cargas».

El jefe de los artilleros de la goleta, teniente Orella, comentó:

—Ni aun cuando rellenemos nuestros cañones con pólvora y metralla hasta la boca, nuestros disparos harán otra cosa que abollar el blindaje del *Huáscar*.

No terminaba de hablar, cuando una fortísima detonación rompió la quietud de la atmósfera. Era el *Huáscar* que disparaba su primer tiro, levantando un turbión de agua entre los dos barcos chilenos.

—Ese cañonazo ha sido la intimación de rendición —dijo el teniente Serrano al comandante Prat, que estaba a su lado.

—Ya lo sé —respondió éste, y sin quitar la mirada del monitor enemigo, indagó—: ¿Se puso a salvo el transporte *Lamar*?

Serrano se volvió hacia el sur. El vapor iba girando apresuradamente por Punta Gruesa.

—Sí, señor —respondió—, ya navega hacia Antofagasta.

—Bien —afirmó Prat—, quedamos sólo los que debemos quedar.

—¿Qué hacemos, comandante?

Prat no contestó. ¿A qué deprimirlo diciéndole algo que ya todos sabían? Que la nave estaba condenada irremisiblemente, y que aquel que se salvara tendría que ser un protegido de los dioses. Paseó la mirada por la cubierta. Todos los hombres estaban

pendientes de él. Parapetados tras las bordas, inclinados sobre los cañones, asomados en las cofas de los tres mástiles o a horcajadas en las vergas, todos tenían los rostros vueltos hacia él y esperaban su decisión. Bajo la toldilla de popa estaba la primera división, mandada por el guardiamarina Vicente Zegers; en torno al palo de mesana, la guarnición de artilleros de marina, dirigida por el subteniente Antonio Hurtado y el sargento Juan de Dios Aldea; hacia proa, en el combés, la segunda división, comandada por el teniente Francisco Sánchez y el guardia-marina Ernesto Riquelme, y en el castillo de proa, el segundo comandante, Luis Uribe, con sus ayudantes.

A todos ellos miró Prat, como si estuviera calificando la pasta de que estaban hechos, y si algo lo ayudó a decidirse, fue la visión de los grumetes apiñados en torno del palo mayor. De aquellos treinta y cuatro niños, sólo dos o tres tenían caras de espanto; los demás, aunque pálidos, sonreían.

—¿Qué hacemos, comandante? —volvió a preguntarle Serrano.

Prat levantó la diestra mostrando el tope de la mesana.

—¡Ice una segunda bandera allí, en señal de que no nos rendimos! —dijo bruscamente, y con un gesto alegre desenvainó la espada, batiéndola como un saludo a sus hombres. Un atronador griterío resonó en todos los ámbitos de la nave.

La corneta de órdenes hizo oír el toque de «atención» y luego «formar bajo el puente». El pito del contramaestre impuso silencio y Arturo Prat habló con voz vibrante:

—«Muchachos —dijo—, la contienda es desigual; pero ánimo y valor. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que ésta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, flameará en su lugar, y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. ¡Viva Chile!».

—¡Vivaaaaa!…

El alarido con que los tripulantes respondieron se oyó en la playa, provocando expectación en la muchedumbre que se agrupaba para presenciar el combate.

Prat, que se había trazado ya un plan de defensa, el único posible, ordenó al timonel virar en 90 ° grados y colocar la nave cerca de la playa, interpuesta entre los blindados peruanos y el puerto. De este modo, aquéllos no podrían cañonearla libremente,

porque sus proyectiles caerían sobre la playa y las casas. La maniobra tendía a obligarlos a usar sus espolones para hundir la *Esmeralda*. Era la única posibilidad de victoria: saltar al abordaje, cuando las naves chocaran, y apoderarse de la enemiga, mediante una desesperada invasión a sable y bayoneta.

Como un cetáceo herido, la corbeta viró y fue a colocarse a 200 metros de la playa del Colorado, al norte de Iquique, con la proa hacia el noroeste, desde donde venía el *Huáscar*, seguido a cierta distancia por la *Independencia*. A la popa de la capitana tomó posición la *Covadonga*.

Pero muy pronto los capitanes chilenos vieron junto a la torre de mando del monitor a un cabo de semáfora ordenando, por banderas, a la *Independencia*, que se abriera hacia el sur, para cortar la retirada de los sitiados.

Rápidamente, el comandante Prat ordenó a Condell que enfilara hacia el sur, a toda máquina, bordeando la costa, por sobre los bajíos, cuidando sus fondos para no dejar la nave ensartada en ellos.

La *Covadonga* ejecutó la maniobra al momento y fue contorneando la playa hacia la isla del Faro, que enfrenta el puerto comercial. De allí cruzaría en línea recta hacia la Punta del Molle, para arriesgarse enseguida en la bahía Chiquinata. Si lograba hacer aquella travesía sin ser hundida por la *Independencia* y alcanzaba a girar en torno de Punta Gruesa, tenía una esperanza de salvarse, porque fuera de la bahía iquiqueña le sería posible irse protegiendo en las infinitas escolleras que jalonan las costas hacia el sur.

—La *Independencia* tiene mucho más andar que nosotros —dijo el teniente Orella—; nos dará caza antes de una hora.

—Es probable —aceptó Condell—, pero si dejamos que esos dos blindados nos batan juntos dentro de la bahía, en unos minutos nos hacen cisco. Y no debemos olvidar que de lo que hagamos ahora depende la suerte del ejército acampado en Antofagasta y de todos los puertos del norte de Chile.

—¡Déjeme entonces meterles bala, mi comandante! —pidió frenéticamente el jefe de los artilleros—. Si nos van a mandar al otro mundo, que sea llevándonos a varios de ellos a la rastra.

Todos los marineros cercanos apoyaron con un griterío la proposición de Orella.

—¡Procedamos con disciplina! —les impuso el comandante—.

¿Dónde está el piloto Stanley?

El inglés se había ido a popa y contemplaba, transido de emoción, cómo el pontón en que dejara a su esposa y sus hijos se iba quedando atrás.

—Usted era el práctico de esta bahía —le gritó Condell—. ¿Puede sacar la *Covadonga* hacia el sur, muy apegada a la costa, por fondos en que no alcance a navegar la *Independencia*?

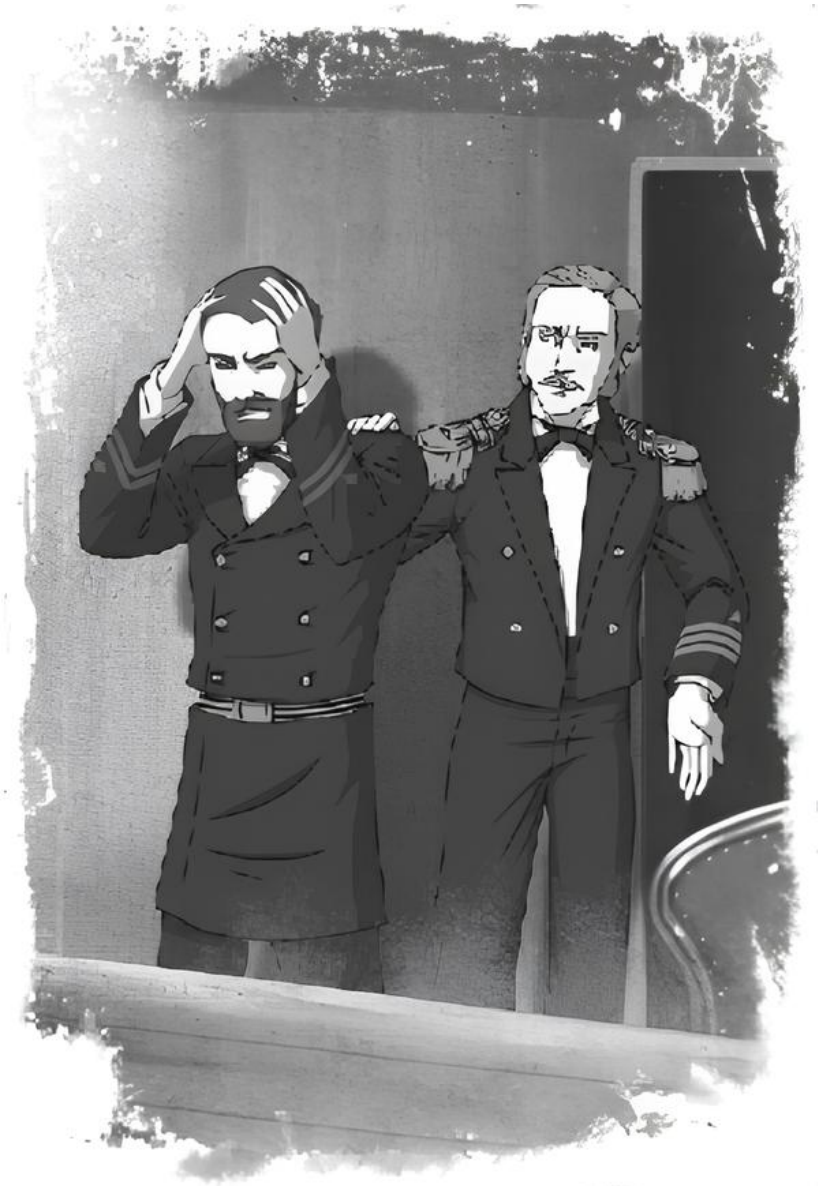
—Sí —repuso el inglés—, hay mucha diferencia de calado. Pero ¿cómo voy a dejar a mi mujer y mis niños allí? El pontón está dentro del campo de tiro del *Huáscar* y de la *Esmeralda*.

Condell se le acercó y le apoyó una mano en la espalda:

—¿Cree usted que puede hacer algo por ellos? Ya es tarde, ¿verdad?

El piloto se llevó las manos a la cabeza con desesperación. Luego giró bruscamente y, sin volver a mirar a su familia, se encaminó hacia la rueda de gobierno.

—Sacaremos la *Covadonga* rasando los arrecifes de la playa y de la isla —afirmó, cogiendo el timón. Con los ojos endurecidos miraba sólo hacia la proa, pero le temblaba la barbilla.



El sacrificio de aquel hombre fuerte volvió a ensoberbecer a la tripulación. El teniente Orella brincó hasta uno de los cañones de estribor, vociferando:

—¿Y nos vamos a alejar así, callados, como si arrancáramos, mi comandante?

—¡No, teniente Orella! —le gritó Condell—. ¡Métales una bala para que vean que les vamos a hacer la pelea!

A palabrotas y manotones, el artillero dio órdenes a los sirvientes de la pieza.

Entretanto Condell distribuía a los fusileros en la cofa del palo de mesana y detrás de la baranda de popa.

—¡Capitán de altos González, la *Independencia* tiene una pieza de 250 libras en la proa, que dispara sin bandear el barco! ¡Debemos tenerle recelos! Que diez fusileros se encarguen de ir tumbando a cuanto artillero se acerque a esa pieza. ¿Comprendido?

—¡A su orden, mi comandante! —respondió un hombretón corpulento desde lo alto de la cofa.

—¡Listo el cañón N.º 1, comandante! —gritaba el teniente Orella, vuelto hacia Condell.

—Pues…, ¡fuego, teniente!

Orella tiró del disparador.

—¡Viva Chile, mierda!

La detonación del cañoncito sonó atrevida, aunque pueril, y la bala penetró en el mar, a un tercio de la distancia que separaba la goleta del *Huáscar*.

El almirante Grau sonrió y dio orden de que disparara uno de los cañones de largo alcance contra la Covadonga para detenerla y facilitar a la *Independencia* darle caza. La torre acorazada comenzó a girar, buscando con sus dos cañones a la goleta.

En esos momentos, el cirujano Videla proponía a Condell subir elementos médicos a cubierta. Obtenido el permiso, bajó a su cámara acompañado por el mozo de oficiales Felipe Ojeda. Cuando se introducía por la escotilla, el comandante le gritó:

—¡No se me exponga a las balas, cirujano!

El doctor apenas alcanzó a oírlo. Bajaba ya por la escalerilla, siguiendo al camarero.

Un estruendo espantoso los arrojó a los dos, despedazados, hacia el fondo.

El *Huáscar* había disparado uno de sus cañones de 300 libras. El proyectil alcanzó la quilla de la *Covadonga* por babor, una cuarta sobre la línea de flotación. Perforó el casco por la mitad, derribando con su desplazamiento de aire a los sirvientes de la batería N.º 2, hirió en la cara del guardia-marina Sanz y, prosiguiendo en su feroz

trayectoria, arrancó ambas piernas al cirujano Videla, despedazó al mozo de cámara Felipe Ojeda, dio un mordisco en la base del palo trinquete y fue a salir por la banca de estribor, diez centímetros por sobre la línea de flotación.

El barco quedaba salvado por milagro. Condell dispuso que varios hombres bajaran a toda prisa a tapar la brecha abierta por estribor, porque el balanceo de la nave hacía entrar agua.

El capitán de altos González fue comisionado para bajar a ver al doctor Videla. Regresó minutos más tarde, congestionado de rabia e impotencia.

—El pobrecito está sentado en el suelo de su camarote, mirando cómo se le escapa la sangre por los caños de las piernas cortadas. ¡Ah, por una grandísima puta, juro que me la han de pagar esos carajos!

Una bala de cañón silbó por entre la arboladura, y en seguida se oyó, retardada, la detonación.

—La *Independencia* está ya sobre nuestra estela —advirtió Condell—. Intentará emparejársenos y cortarnos el paso antes que giremos la isla del Faro. Y si no puede, nos hará papilla con su cañón de proa. ¡Capitán de altos González, usted me responde de que sus fusileros voltearán a todos los artilleros de esa pieza!

—¡A su orden mi comandante! ¡A eso voy y le juro que nos cargamos a todos!

Así fue. Trepados en la arboladura y vueltos hacia proa, los fusileros de González fueron eliminando a todos los artilleros que se acercaban a disparar la pieza de proa de la fragata. En cuanto asomaba alguno, los fusileros competían en apuntarle.

—¡Hei se acerca otro negro a cargar el cañón, muchachos! ¡Bala con él!

Y diez fusileros disparaban al mismo tiempo.

—¡Hei viene otro acercándose a la pieza, «fusileros»! —gritaba el capitán de altos, echándose su fusil a la cara—. ¡Que si lo cargan, nos «junden»!

Los diez fusiles Comblain volvían a barrer la proa de la nave enemiga.

—¡*Güen* dar con los negros vilotes, cómo se arrancan del lado del cañón! —reía a gritos el grumete de quince años Juan Bravo, encanastado en la cofa de mesana.

Mediante esta defensa, la *Covadonga* pudo seguir huyendo hacia la isla del Faro.

Distribuida así la acción, el almirante Grau determinó cargar sobre la *Esmeralda*, pensando que la *Covadonga* sería rendida por la fragata a la vuelta de la isla, en la playa del Molle. La maniobra que había efectuado la *Esmeralda*, colocándose entre el *Huáscar* y la playa, lo obligaba a disparar por elevación, para no precipitar sus proyectiles sobre el puerto. Aquella forma de tiro era demasiado imprecisa, por lo que el jefe del monitor tomó la decisión que había esperado Arturo Prat. Ordenó avanzar a toda máquina para espolonear a la corbeta. Se hallaban a 1500 metros de distancia uno de la otra.

12

En tierra la conmoción era profunda. Los peruanos se habían trepado a todo sitio alto para contemplar la lucha. Iquique se llenaba de voces y carreras. Las mujeres huían a los cerros con sus hijos, presintiendo que el cielo se iba a oscurecer de balas locas.

El general Buendía, vestido de gran parada, había establecido su cuartel general en la oficina del telégrafo provisional. Al ver deslizarse la *Covadonga* hacia el sur, creyendo que sus tripulantes la encallarían en la playa del Molle para huir a tierra, hizo telegrafiar al coronel Belisario Suárez, que mandaba la división establecida en el cerro del mismo nombre.

Inmediatamente los batallones Zepita y 2 de Mayo se descolgaron del cerro, yendo a tender un cordón de fusiles en la playa del Molle.

Igual orden impartió el general Buendía al coronel Benavides, que custodiaba la playa del Colorado, frente a la cual combatía la *Esmeralda*. El escuadrón peruano Cazadores de la Guardia y el boliviano Cazadores del Cuzco montaron vigilancia en mitad de la bahía, enfocando a la corbeta chilena.

Pero aún faltaba al general en jefe dar la orden más trascendental, y ésa se realizó poco antes de las 9 de la mañana. Cuatro baterías de 9 pulgadas se instalaron en la playa, junto al muelle del ferrocarril, y sus sirvientes esperaron la orden de disparar, para coger a la *Esmeralda* entre dos fuegos.

El *Huáscar*, empenachado de humo, violento y ágil en sus evoluciones, enfilaba su proa hacia la corbeta, que se cobijaba en los bajos fondos de la playa del Colorado. A mil metros de ella, sus cañones volvieron a vomitar fuego.

En aquel momento, aparecieron en el horizonte dos barcos de

guerra que llegaban a presenciar el combate. Era uno de ellos la fragata de Su Majestad británica *Turquoise*, que rondaba esa latitud desde hacía varios días, y otro navío de guerra de nacionalidad desconocida.

A las 9.30 de la mañana el almirante Grau dio orden de espolonear. El humo brotó espeso por la chimenea del monitor y su proa fue cortando las olas como una inmensa aleta de tiburón.

Los proyectiles de la *Esmeralda* se aplastaban contra el blindaje del atacante.

La multitud que contemplaba el combate desde la playa, contuvo el aliento mientras el barco corría amenazante. Repentinamente, una voz se alzó entre los espectadores:

—¡El *Huáscar* va a saltar hecho pedazos!… ¡Hay que avisarle, hermanos! ¡La nave enemiga tiene una línea de torpedos por delante!…

Era uno de los agentes secretos chilenos que, mezclado con la muchedumbre, se había colocado cerca de las autoridades marítimas peruanas. Su grito surtió efecto inmediato. Los vigilantes de la costa habían observado repentinamente los trabajos de sondeo del cable submarino que practicaban los marinos chilenos en la bahía, y no pudiéndoselo explicar, corrieron la voz de que realizaban emplazamiento de torpedos submarinos. Así, pues, al oírlos mencionar, en los momentos en que el *Huáscar* avanzaba, nadie dudó de la existencia de esas armas. La alarma cundió. Centenares de voces la fueron gritando a lo largo de la playa, y muy pronto llegó a los oídos del capitán de puerto, Bartolomé Forras.

—¡Una bandera!… ¡Cabo de señales! —se puso a vociferar éste; y cuando acudió a su lado un soldado provisto de los elementos necesarios, le ordenó—: ¡Trépese a una roca y haga señales al *Huáscar* para que se detenga! ¡Que no avance, porque corre un gran peligro!

Mientras el soldado cumplía su orden, corrió hasta el muelle en busca del práctico del puerto, un inglés llamado Guillermo Checle. Juntos embarcaron en la lancha de la gobernación y, describiendo un amplio círculo para no ponerse al alcance de las balas, navegaron hasta el monitor, que se había detenido. Sin embargo, mientras los dos hombres trepaban a su bordo, el *Huáscar* seguía disparando sobre la corbeta inmovilizada.

Cada disparo arrancaba un trozo de la nave o le arrebataba un puñado de vidas; pero también algunos iban a caer sobre Iquique, causando bastante destrucción. El cerro Huantaca estaba lleno de mordeduras y la ceja de tierra que protegía a la Casa Williamson se iba desmoronando ante los impactos. Detrás del muelle había estallado el primer incendio.

Esto enfurecía a los artilleros de la playa, los que redoblaban sus esfuerzos por desmantelar a la *Esmeralda*. Sus cañonazos habían conseguido abrir grandes claros en la tripulación. Una granada dio en el estómago de uno de los sirvientes del cañón N.º 5, y lo proyectó en piltrafas contra el grupo de grumetes. Otra arrancó un brazo a uno de esos niños.

Los espectadores de tierra, escalofriados, se habían quedado mudos y ya, en lugar de gritar vivando a los marinos peruanos, comentaban:

—Debieran rendirse. Todas las leyes de la guerra y del honor los excusarían. Es un combate imposible.

En ningún otro combate de la guerra del Pacífico se concentraron más proyectiles por segundo sobre un grupo de chilenos que en aquella media hora en que sobre la *Esmeralda* convergieron los fuegos del *Huáscar* por babor, las baterías de los Cazadores de la Guardia y los fusiles de la 2.ª y 3.ª división perú-boliviana por estribor, además del fuego de un grupo de lanchas de abordaje, tripuladas por Cazadores del Cuzco, que giraban frente a la proa de la corbeta.

En la cubierta de la capitana el espectáculo era dantesco. Una tercera parte de la tripulación estaba despedazada en torno a los cañones y los mástiles. El doctor Guzmán, secundado por el estudiante de medicina Germán Segura, el practicante José Cruzat, el contador Juan Goñi y el ingeniero Agustín Cabrera, no daban abasto para atender a los heridos. Ya no había vendas ni torniquetes, y la sangre hacía resbaloso el piso de la cubierta.

Sobre la toldilla, Arturo Prat contemplaba con un rictus de desesperación los estragos que los disparos de tierra causaban entre sus hombres. El sargento Juan de Dios Aldea trepó a su lado, para advertirle que era imposible mantenerse más en esa posición. Como una confirmación a sus palabras, en ese momento se desplomaba desde una cofa el velero 2.º Antonio Ruiz.

—¡Dios santo, acógelo en tu seno! —exclamó Prat—. ¡Que se protejan mejor los de la arboladura, que son los más expuestos! —gritó hacia las cofas.

Pero no había forma de protegerse. El cocinero Guillermo Serei y el mozo de cámara José Antonio Rojas, que habían pedido fusiles para ayudar a la defensa, estaban a pocos metros, bajo el comandante. De pronto, un cañonazo de tierra perforó la amura y lanzó a los dos hombres, desarticulados, contra la otra borda.

El teniente Uribe llegó a saltos hasta la toldilla:

—¡Nos están fusilando como a pichones, comandante! No podemos seguir aquí.

—¿Cuántas bajas tenemos, teniente?

—Es imposible contarlas. Pero calculo que hemos perdido casi la mitad de la tripulación.

—¡Cerca de cien hombres! —exclamó aterrado Prat—. ¡No puede ser!

Uribe no insistió; simplemente le mostró la cubierta llena de cuerpos palpitantes.

Prat apartó los ojos. Estaba pálido.

—¿Sabes tú qué nos representa salir de este sitio? —preguntó a Uribe.

—Sí. Entregarnos a los cañones y al espolón del *Huáscar*, que nos está esperando allí, donde hay más profundidad para su calado.

—Y las máquinas de la *Esmeralda* apenas permiten moverla. No podremos siquiera esquivar sus golpes —sentenció el comandante.

—¡Tampoco podemos quedarnos aquí! —protestó Uribe, nervioso al ver caer, a pocos pasos, al patrón de botes Justino Aguilar—. ¡Dios santo! —vociferó—. ¿Hasta cuándo? ¡Mira allí, el pobrecito grumete Venancio Díaz!

—¡Basta, teniente! —lo refrenó Prat—. ¡Nada conseguimos con lamentarnos!

Desde la verga del trinquete caía dando volteretas el capitán de altos Georges Jougoud, uno de los franceses. Uribe se cubrió el rostro.

—¡Teniente Uribe, repórtese! —ordenó Prat, con voz tajante.

El marino reaccionó al momento. Avergonzado, se cuadró ante el comandante.

—Perdón, mi comandante. No es temor…, es rabia,

impotencia…

—Lo comprendo. ¡Dé orden a los ingenieros Hyatt y Mutilla de sacar la nave hacia el norte, al máximo de velocidad que den las máquinas.

Era la sentencia de muerte de la *Esmeralda*. Ambos jefes lo comprendían. Pero aquella mortandad lenta era peor que despachar de una vez, hundiéndose en el mar.

Mover a la *Esmeralda* fue una empresa penosa. Los ingenieros Hyatt, Mutilla y Manterola trabajaron arduamente para que la única caldera en buen estado diera fuerza suficiente para hacer virar la corbeta y empujarla hacia el norte. Por fin, crujiendo, gimiendo, la Mancarrona, como la llamaban afectuosamente sus tripulantes, enfiló hacia el extremo de la playa del Colorado, hacia el roquerío.

El general Buendía y los espectadores de la playa creyeron que la nave iba a ser varada y que sus tripulantes se preparaban a rendirse a las fuerzas de tierra.

Pero se habían equivocado nuevamente; la nave enderezó el rumbo y puso proa contra el *Huáscar*.

—¡Dios santo, no se rinden! —exclamó el general Buendía—. ¡No se rinden! Salen al mar abierto para enfrentar al *Huáscar*.

La *Esmeralda* estaba tomando su último rumbo: el de la inmortalidad. El humo de sus cañones y el vaho de la sangre de sus muertos, cogidos de trasluz por el sol, envolvía la nave moribunda en un halo dorado. Sobre la toldilla de popa, la silueta de Arturo Prat semejaba ya una estatua de bronce.

Callaron los cañones de tierra, enmudecieron también los del *Huáscar* y sólo sobrepasó el ruido de las olas la voz de una mujer. Era la esposa del piloto Stanley. Embarcada en un pequeño bote, con sus tres hijos escondidos bajo las bancadas, la mujer había huido de la chata, sobre la cual se habían estado cruzando los proyectiles, y reclamaba que se la ayudara a salvar a sus hijos.

—¡Capitán Prat, por el amor de Dios, sálvenos! —gritaba desgarradoramente, mientras la corbeta pasaba junto a su bote—. ¡Piense en sus hijos, capitán!…

Prat tuvo que aferrarse a la borda de estribor al escuchar a la señora Stanley. Pasaron por su mente las imágenes queridas de su Carmelita y de sus hijos. Se volvió hacia la otra banda. El *Huáscar* se divisaba por babor, un poco hacia proa, esperando que la

Esmeralda saliera a mar más profundo para caerle encima.

—Mientras no abandonemos los bajíos, no nos espoloneará —murmuró—. Alcanzamos a salvar a esa mujer y a sus criaturas.

Se acercó a la escotilla que descendía a la sala de máquinas y gritó:

—¡Ingeniero Hyatt, a media marcha!

Era una locura. La corbeta, ahora más cercana al monitor, le ofrecía, a media marcha, un blanco seguro.

—Esa mujer y sus niños tienen derecho a salvarse —dijo, indicándolos a los tripulantes que estaban cerca—. Mientras la *Esmeralda* los cubra, no les alcanzarán las balas que dispare el *Huáscar*. Los protegeremos hasta que toquen la playa.

Se encaminó a la borda y se quitó la gorra, saludando a la señora Stanley.

—¡No tenga susto, señora! —le dijo con voz afable—. Guíe su bote en línea recta, manteniéndolo escondido en la sombra de nuestro casco, y salga por aquel remanso al extremo de la playa.

—¡Dios los bendiga!… ¡Dios los proteja! —gritaba la mujer, alejándose.

Por babor, el *Huáscar* martillaba con sus grandes cañones la cubierta ya desmantelada de la corbeta.

—No podemos permanecer así, casi inmovilizados, comandante —vino a decir a Prat el teniente Serrano.

—Sólo un momento más —le respondió—. Por otra parte, da lo mismo este sitio que otro cualquiera. Nuestra única posibilidad está en saltar al abordaje del *Huáscar*, cuando nos espolonee.

Un terrible golpe sacudió en ese momento a la corbeta, derribando a todos los que estaban de pie. El monitor le había asestado uno de sus proyectiles de 300 libras en la popa, abriéndole una brecha de más de un metro de ancho.

El guardiamarina Riquelme llegó corriendo, desencajado:

—¡Comandante, nos pasaron de parte a parte! La bala perforó el casco, pasando por el camarote del 2.º comandante, y salió por el departamento de botica.

—¿Hacemos agua, guardiamarina?

—No, mi comandante; ¡pero se ha declarado un incendio!

Era la única calamidad que faltaba. Diez marineros, mandados por el contramaestre Micalbi, tuvieron que sacar fuerzas de flaqueza y descender al vientre de la nave para combatir el fuego.

Prat miró hacia el bote de la mujer de Stanley. Terminaba de ponerse a salvo, amparándose en la playa. Un guardiamarina se le

acercó para preguntarle si no sería conveniente abrir el cubichete para que saliera el humo del incendio.

—Si se abre, se establece corriente de aire y el incendio aumenta —respondió sereno. Enseguida ordenó—: Vaya adonde el ingeniero Hyatt y pregúntele si aún podemos movernos.

Minutos más tarde, la corbeta volvía a acelerar la marcha. Renqueando como un animal agónico, fue introduciéndose en el mar, al encuentro del monitor.

El almirante Grau estaba en su torre de mando con el doctor Santiago Tavara, cuando vieron a la *Esmeralda* enfilar su proa hacia el *Huáscar*.

—Por un momento abrigué la esperanza de que se rendirían — dijo Grau.

—¿Por qué no se rinden? —reflexionó nerviosamente el cirujano —. Ya han demostrado en demasía que son valientes y dignos.

—¡Cómo luchan estos chilenos, doctor Tavara! Siguen disparando como si su cascarón fuera un blindado de flamantes cañones.

—Es preciso terminar pronto esta matanza, almirante Grau — suplicó el doctor, profundamente impresionado.

—De acuerdo, doctor Tavara —aprobó el caballeroso marino—. Preferible es terminar de una vez con su resistencia y acogerlos como prisioneros.

Estaban a doscientos metros cuando el almirante dio orden de lanzar el monitor rectamente, y a toda fuerza, contra el casco de la corbeta chilena.

Eran las 11.30 de la mañana: el combate duraba ya tres horas.

Chorros de sangre escurrían por los trancaniles de cubierta; las escalerillas descendían al vientre de la nave bañadas de escarlata. Sobre la cubierta palpitaban y se retorcían docenas de heridos y moribundos.

El doctor y sus ayudantes recogían a los heridos que ofrecían alguna posibilidad de salvación. Había muchos, demasiados, y a cada disparo del *Huáscar*, otros quedaban sembrados sobre la cubierta.

De los sobrevivientes, ninguno volvía el rostro hacia los muertos. Así como los escaladores de alturas jamás miran hacia abajo, así los esmeraldinos no miraban a sus compañeros

destrozados, para no sentir el imán de la muerte. Fijos los ojos en el monitor que avanzaba bufando, pendían de un gesto, de una orden del comandante Prat, que, sin gorra, con la espada en la diestra y los ojos llameantes, esperaba el momento supremo. Estaba de pie sobre la toldilla de popa; junto a él, el marino Arsenio Canave Miniño; bajo la toldilla, el sargento Juan de Dios Aldea; en la escalera, el corneta Gaspar Cabrales, que tocaba incesantemente zafarrancho de combate.

Prat comprendía que en unos minutos más se le iba a ofrecer la única posibilidad de salvar a sus hombres. Era forzoso saltar al abordaje y dominar a la tripulación del monitor…, o dar muerte al comandante…, o inutilizar alguna pieza vital de la nave…

—¡Hay que saltar, marinero! —repetía, casi sin darse cuenta, al hombre que tenía a su lado.

—¡Saltaremos, mi comandante! —respondía éste, esgrimiendo un hacha de abordaje.

Una ráfaga disparada por los fusileros del *Huáscar* sonó como una quebrazón de ramas secas. El corneta Cabrales suspendió su toque en mitad de una nota aguda, y abriendo los brazos rodó al pie de la escalerilla.

Un cabo recogió la corneta y siguió tocando.

El *Huáscar* venía ya a medio centenar de metros.

Prat volvió los ojos para ubicar a sus oficiales. Uribe estaba en el castillo de proa; Serrano, en mitad de cubierta, dirigiendo el fuego de las baterías centrales.

—¿Dónde está el teniente Sánchez? —preguntó al marinero Canave, que no se movía de su lado.

—Junto al timón, mi comandante.

—¡Teniente Sánchez, listo a la maniobra! —gritó entonces el comandante—. ¡Cuando el *Huáscar* esté a medio cable, cierre a estribor y vire sobre el eje, para que no nos espolonee por mitad de la banda!

Pero el estruendo de los cañones y la fusilería apagaba su voz. Se volvió al marinero Arsenio Canave, y le preguntó:

—¿Cree usted que oyó, marinero?

Éste se alzó de hombros. No podía responder; ya llegaba el monitor. De un salto, se dejó caer sobre el vientre, listo para reincorporarse, cuando pasara la conmoción del choque, y saltar al

abordaje.

Prat alcanzó a gritar al sargento Aldea, que estaba al pie de la toldilla:

—¡Listos para saltar, sargento!

La *Esmeralda*, impulsada por el timón, giró sobre su eje, hurtando el cuerpo al monitor. Pero su movimiento fue pesado y lento, y el *Huáscar* se le vino encima por la aleta de babor.

Prat tuvo un destello de alegría, porque aquello era mejor para su propósito. Los barcos quedarían durante algunos segundos, banda contra banda, ofreciendo una mayor superficie de abordaje. Pero no contaba con la habilidad náutica del almirante Grau.

Éste también comprendió que la única posibilidad de salvación de los chilenos estaba en abordar su barco y tuvo la certeza de que lo intentarían. Dio una sola orden para impedirlo:

—¡Que todos los cañones y los fusiles disparen a toca penoles cuando se produzca el choque!

La cuchilla curva del espolón del monitor chocó con fuerza contra el flanco de madera de la corbeta, pero como ésta guiñaba en ese instante, quebrantó las costillas del casco y resbaló de popa a proa.

Los esmeraldinos iban a saltar, pero los cañones enemigos dispararon a quemarropa sobre ellos, imitados por toda la guarnición de fusileros del monitor.

Cuarenta o cincuenta tripulantes volaron despedazados, sus trozos mutilados se elevaron sobre la cubierta y se esparcieron sobre el alcázar, el combés y el mar.

Prat volvió a erguirse, y enarbolando la espada dio un grito enloquecido:

—«¡Al abordaje, muchachos!… ¡Al abordaje!».

Empuñando un revólver en la mano izquierda y destellándole la espada en la diestra, saltó desde la toldilla a la proa del *Huáscar*. Inmediatamente detrás de él saltaron el marinero Arsenio Canave Miniño y el sargento Juan de Dios Aldea, los únicos que lograron oír su orden. El desconcierto, la lluvia de sangre, el ruido horrísono, cubrieron la voz del comandante. Y Serrano, Uribe y los tripulantes sólo supieron de su temeraria acción cuando el *Huáscar*, de un poderoso tirón, comenzó a separarse de la corbeta. Entonces un último marinero saltó al abordaje. Fue Luis Ugarte. Cayó sobre el

borde del tajamar de proa del monitor, se equilibró unos instantes agitando los brazos y enseguida se precipitó al mar, entre las dos naves.

Arturo Prat se volvió al oír el crujido de los barcos al separarse y contempló a sus subalternos con mirada indefinible.

—¡Comandante Prat!… —oyó que gritaba Serrano, en un alarido desesperado. Pero una descarga le envolvió las demás voces. A su lado acababa de caer el marinero Canave con el pecho acribillado. Sólo lo seguía el fornido sargento Aldea.

Comprendió que iba a morir. Paseo su mirada por la cubierta solitaria del barco enemigo. No se veía un solo defensor. Pero sabía que estaban allí, detrás de la torre blindada, que giraba moviendo sus cañones como tentáculos vivos.

Quinientos ojos y centenares de fusiles se enfocaban sobre los dos hombres, mientras bajaban la escalera del castillo de proa y caminaban por el lado de babor de la cubierta. Pero los dedos de los tiradores se negaban a oprimir los gatillos, paralizados por el espectáculo de aquella temeridad.

El almirante Grau contempló a los invasores por la tronera de su alta torre acorazada, con la respiración contenida. Vio al comandante chileno alzar los ojos hacia la bandera peruana, que ondeaba sobre el monitor, y adivinó su intención. Sin embargo, no se movió ni dio una orden.

En los brevísimos segundos que transcurrieron, los pensamientos pasaron en torbellino por la mente de Arturo Prat. Pensó conseguir que su sacrificio no fuera estéril. Si lograba llegar a la driza que sustentaba la bandera peruana y la abatía, duplicaría el valor de los tripulantes de la *Esmeralda*, y tal vez los enemigos, impresionados, se aturdirían en la lucha posterior. Además, dentro de la torre blindada estaba el comandante del monitor. Si él lograba trepar hasta ella y disparar al interior, dejaría al barco enemigo sin jefe. Con estos pensamientos, llegó hasta el mamparo que daba entrada a los compartimientos interiores, puerta de hierro ubicada al pie de la torre del almirante Grau.

Pero, en el mismo instante en que llegaba a este punto, se abrió el mamparo y brotaron por él el teniente Jorge Velarde y un negro.

—¡Ríndase, capitán! —alcanzó a decirle el oficial, enfocándolo con su revólver, cuando Prat disparó sobre él, dándole muerte.

De la caracola de hierro, que había dejado a sus espaldas el comandante chileno, brotaron numerosos tiros de fusil. Diez alcanzaron al sargento Aldea, tumbándolo, malherido, junto al palo mayor, en cuyos cables quedó aferrado; uno dio en mitad de la espalda del capitán Prat.

Arqueado por el dolor, se sostuvo unos instantes de pie y luego cayó sobre una rodilla. Levantando los ojos, pudo ver al negro que se le acercaba con el fusil en ristre. Intentó levantar su espada, pero el fusil había elevado su boca hasta su frente e hizo fuego. En un espasmo violento irguió el cuerpo, levantando los brazos, y enseguida cayó de bruces, a los pies de su victimario.

El marinero, en un arranque brutal, alzó el fusil y remató al caído de un feroz culatazo.

El sargento Aldea, todavía vivo, alzó el rostro y miró a su comandante muerto a pocos metros. Volvió la mirada hacia la *Esmeralda* empavesada con dos tricolores no rendidos y abatiendo la mejilla en las tablas teñidas en su propia sangre, murmuró sollozando:

—¡Vi…, viva Chile, comandante Prat!

13

En la torre blindada del monitor se hablaba en voz baja, con respeto. El almirante Grau ordenó suspender el fuego, para dar tiempo a los sobrevivientes de la *Esmeralda* para que se consultaran y decidieran arriar su bandera. En el momento del espolonazo había visto la cubierta de la corbeta encharcada de sangre y repleta de cadáveres. Además, ya había muerto su comandante. El almirante confiaba en que se rendirían.

Mientras el monitor giraba en un amplio círculo, ordenó que el soldado Mariano Portales, que mató al comandante Prat, fuera arrestado y se disponía a aplicarle un riguroso castigo, cuando fue disuadido de hacerlo por sus oficiales.

—El jefe chileno estaba herido e imposibilitado. Debió desarmársele y tomársele prisionero —argumentaba, herido en sus sentimientos caballerosos—. Era un valiente y se merecía otra suerte que la de morir con la cabeza destrozada por un culatazo.

—Señor almirante, está usted ofuscado por el combate —objetaba el 2.º comandante, capitán de fragata Exequiel Otoya—. El soldado Portales cumplió con su deber, dando muerte al comandante enemigo; aquél estaba armado y acababa de matar a nuestro teniente Velarde.

—¡No lo sé…, no lo sé aún! —eludió por fin el almirante—. Cuando termine el combate, estudiaremos el caso. Ahora, atentos a la *Esmeralda* y confiemos en que sus conductores preferirán rendirla.

Los cuerpos de Arturo Prat y del sargento Aldea habían sido recogidos respetuosamente de la cubierta y trasladados al entrepuente. El del marinero Arsenio Canave fue arrojado al mar por uno de los primeros tripulantes que salieron a la cubierta,

después de consumada la tragedia. El sargento Aldea no había muerto, pero agonizaba.

Cuando el monitor volvió a acercarse a la corbeta desmantelada, el almirante Grau escrutó la cubierta enemiga con sus anteojos, con la esperanza de ver elevarse la bandera de rendición. Pero, en lugar de ello, divisaba a los tripulantes agrupados en mitad de la *Esmeralda*, ocupados en organizar una nueva defensa.

El teniente Serrano, con el uniforme desgarrado, peroraba ardorosamente, incitando a los hombres que tomaban un descanso, sentados en el suelo y con las espaldas apoyadas a la parte interior de las bordas. Se había quitado los botines para no resbalar en la sangre que corría por el piso.

—En unos minutos más van a dar la segunda embestida —decía —. Es seguro que este espolonazo nos echará al fondo del mar. Nuestro único camino es, pues, el abordaje.

¡Tripulantes, sobre la cubierta del *Huáscar* está nuestra tarea! ¡El cadáver del comandante Prat nos está esperando!

Los sobrevivientes de la capitana no necesitaban estímulo; habían traspasado ya el lindero en que se pierde el instinto del miedo, y, embrutecidos, sólo pensaban en seguir luchando y terminar de una vez. Pero morir matando. Sus gritos de «¡Al abordaje! ¡Al abordaje!» se escuchaban claramente en el monitor que avanzaba.

El teniente Uribe, que había asumido el mando, ordenó que siguiera el toque de zafarrancho, pero todos los cornetas estaban muertos. El mozo de cámara Norberto Escobar se ofreció para reemplazarlos, y, aunque malamente, el toque de combate siguió oyéndose.

Era un nuevo desafío a los enemigos. Así lo comprendió el almirante Grau y desechó toda esperanza de otorgar la vida a esos hombres. La única prueba de humanidad que le cabía dar era terminar lo más rápidamente la matanza.

—¡Proa a la *Esmeralda* y a toda máquina! —ordenó con amargura.

Como un toro furioso, el *Huáscar* se afirmó en la popa y saltó hacia adelante. El humo le brotó a borbotones por la chimenea.

Los esmeraldinos se habían agrupado en torno al teniente Serrano y empuñaban las hachas de abordaje. El subteniente

Hurtado, al mando de sus artilleros, disparaba uno tras otro los pequeños cañones.

Uribe ordenó girar la rueda de gobierno y la corbeta viró pesadamente, esquivando el flanco; pero ya era tarde, el espolón del monitor venía recto contra ella, y se le hundió en el costado como una siniestra cuchillada.

Los largos cañones del *Huáscar* quedaron asomados dentro de la cubierta chilena.

Serrano quiso pasar con todos sus hombres evitando las bocas, pero no hubo tiempo. Con estruendo ensordecedor, éstos vomitaron su carga de metralla sobre los chilenos, aventándolos como briznas de paja.

Sólo Serrano con diez, o doce hombres alcanzó a saltar sobre la cubierta enemiga. Como alucinados corrieron por ella hacia el cuerpo central. Pero ahora la guarnición peruana los esperaba a pie firme. Una ráfaga de fusilería, seguida por otra y otra, los barrieron.

Serrano se había arrojado hacia el palo mayor y trataba de coger

las drizas de la bandera para derrumbarla, cuando un proyectil le dio en el bajo vientre. Tronchado por el dolor, cayó retorciéndose.

En pocos segundos no quedaba un solo chileno en pie sobre el *Huáscar*. Y el monitor, cumplida su misión de muerte, volvía a retirarse aceleradamente.

Uribe comprobó entonces el daño irreparable sufrido por la *Esmeralda*. El tajo era una brecha enorme bajo la línea de flotación y el agua inundaba la santabárbara, ahogando a todos los hombres encargados de subir municiones a cubierta. Un minuto más tarde, los cuatro ingenieros aparecían pálidos en el puente. El agua había invadido también la sala de máquinas, ahogando a los mecánicos Torres y Figueroa.

La *Esmeralda* llegaba a su máximo desamparo; estaba sin municiones y sin máquinas, sin defensa ni movimiento.

Los ingenieros Hyatt, Manterola, Mutilla y Gutiérrez de la Fuente, formando un grupito junto al palo de mesana, esperaban órdenes de Uribe, con el aturdimiento pintado en las caras. En ese instante resonó un nuevo cañonazo del *Huáscar*, y los cuatro hombres volaron desmenuzados.

Uribe dio un alarido de rabia, de dolor, de impotencia. Un nuevo tiro del monitor dio de lleno en los grumetes apiñados en torno del trinquete. Como un zarpazo gigantesco, los arrancó a todos de su sitio y los espolvoreó sobre el mar.

Una cólera espantosa enloqueció a los pocos que sobrevivían. Uribe corría junto a la borda de babor, gritando:

—¡Los que aún tengan municiones…, fuego sobre el *Huáscar*! ¡Todavía podemos llevarnos un puñado de enemigos con nosotros!… ¡Fuego!… ¡Fuego!…

El *Huáscar*, intacto, giraba para volver a la carga y sus cañones disparaban de nuevo, como exasperados por aquella inverosímil resistencia.

El mozo de cámara Norberto Escobar había bajado por un poco de coñac y repartía algunos tragos entre Uribe, Riquelme, Hurtado y los hombres más cercanos.

—¡Coñac para todos, niños! —gritaba—. ¡Arrimarse, que el comandante convida!

Llevaba al cinto la corneta que había recogido junto al cadáver de Gaspar Cabrales. Terminaba su reparto, cuando una bala rasante

le arrancó la cabeza, incrustándola en la chimenea.

El cabo Crispín Reyes le sacó la corneta del cinturón y se quedó mirándola, atontado.

El monitor llegaba como un cetáceo furioso.

—¡Nos va a espolonear por el medio del casco! —gritó Uribe—. ¡Disparemos todos a la vez, justo cuando choque!

La poderosa hoja del espolón partió la corbeta por el vientre, con un escalofriante ruido de maderas rotas. En un torbellino de humo y espuma, los dos barcos estuvieron fundidos por unos instantes, mientras los cañones y fusiles del monitor tronaban, arrasando con los últimos chilenos. Por los costados de la vieja capitana caían muertos y vivos a las olas.

De pronto, el *Huáscar* rompió la cópula mortal y retiró su cuerpo de hierro.

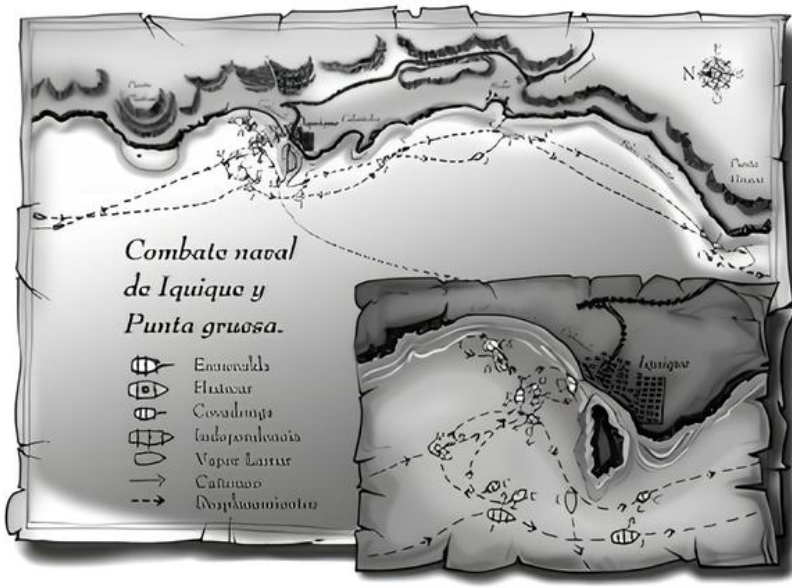
La *Esmeralda* se inclino de proa «como un cisne que se dobla para morir». Las olas barrieron su cubierta, pero algunos fusileros seguían aún disparando. Uno a uno los fue acallando el mar, a medida que se posesionaba de la nave.

Y al final, cuando la proa comenzó a hundirse recta, levantando vertical la popa hacia los cielos, la muchedumbre sobrecogida de la playa y el almirante Grau vieron una figura diminuta aferrarse, herida, al último cañón de babor y dispararlo hacia el *Huáscar*, al mismo tiempo que la corneta de órdenes volvía a tocar zafarrancho de combate.

Eran «el guardiamarina romántico» Ernesto Riquelme y el cabo Crispín Reyes que se hundían con la capitana, defendiendo su honor hasta el último aliento.

La *Esmeralda* desaparecía, empavesada como en día de gala: el gallardete insignia en el mayor, la banderola de guardia en el trinquete; y en el pico y tope del mesana, dos banderas chilenas, desgarradas, pero no rendidas.

Eran las 12:10 del 21 de mayo.


Combate naval
de Iquique y
Punta gruesa.
Iquique

JORGE INOSTROSA CUEVAS, escritor chileno, (Iquique, región de Tarapacá; 30 de marzo de 1919 - Santiago; 5 de enero de 1975)

Nació en Iquique, en 1919, de padre abogado y madre profesora. Estudiante pobre, pues su padre muere cuando él tiene 3 años, se las ingenia en el Internado Barros Arana para obtener unos pesos escribiendo las cartas de amor de sus compañeros. Es la primera señal de su vocación de escritor.

Ya bachiller, ingresa al Instituto Pedagógico a estudiar matemática e historia. Quiere ser profesor, como su madre. Pero ésta enferma y queda hemipléjica, por lo que él y sus cinco hermanos deben abandonar los estudios para ganarse la vida.

Hace toda clase de trabajos: kinesiológo, camionero, retratista… Y tras la muerte de su madre empieza a recorrer los pueblos ofreciendo retratos al pastel, para los que tiene gran facilidad. «Aprovechaba esto», cuenta el propio Inostrosa, «para realizar uno de mis mayores anhelos. Les contaba largas historias, cuentos, anécdotas arregladas por mí, que yo había aprendido rebuscando en la Historia de Chile». Era agnóstico, carrerista y amante del boxeo. A fines de la década de 1930, conoció en San Bernardo a Violeta Wood, con quien se casó y tuvo dos hijas: Verónica y Francisca

Javiera.

Mas tarde ingresa a la Agencia Havas como reportero y luego a la radio Cooperativa Vitalicia, primero como sonidista, pronto como libretista de radioteatros, y después como director de éstos.

En Radio Corporación, creó y transmitió *El Gran Teatro de la Historia* con una compañía de actores que bajo su dirección y con sus libretos dio vida a episodios de la historia de Chile y a sus héroes en radioteatros.

En esa radioemisora en 1948, estrenó su obra *Adiós al Séptimo de Línea*, uno de los programas más exitosos de la radiofonía chilena. Posteriormente, fue convertida en la novela homónima e inspiró una historieta, creación de Isidro Arteaga en 1960, una pieza musical, el álbum ¡*Al 7 º de Línea*! del grupo Los Cuatro Cuartos en 1966, y una serie de televisión en 2010.

Aunque el programa fue un éxito, tres años después de su transmisión Inostrosa estaba en mala situación económica. Siguió entonces el consejo de un amigo: «¿Por qué no llevas tus libretos a Zig-Zag
y propones transformarlos en novela?».

El enorme éxito de la obra detonó definitivamente al talentoso escritor que había en Inostrosa. En 1955 publicó su libro más conocido, *Adiós al Séptimo de Línea*, una novela en cinco tomos —*La frontera en llamas, Las cruces del desierto, Los infantes de bronce, Los batallones olvidados y El regreso de los inmortales*— basada en el guión para radioteatro que se había transmitido con mucho éxito en la radiofonía chilena a fines de los años 1940. Siguieron las novelas históricas *Hidalgos del mar, Prat y Grau* (1959), *El corregidor de Calicanto* (1960), *La justicia de los Maurelio* (1961), *Los Húsares trágicos* (1965), *Bajo las banderas del Libertador* (1966) y ¡*Se las echó el Buin*! (1970). A las que hay que agregar los volúmenes de relatos históricos *El rescatado por Dios* (1962), *Fantasmas y retratos de la tradición* (1963) y *Huella de siglos* (1966), ademas de *Siempre una mujer* (minibiografías, 1974) y *El ministro Portales* (1976).

Para facilitarle las investigaciones que se propuso hacer cuando escribió la biografía de Simón Bolívar (*Bajo las banderas del Libertador*), el gobierno de Chile le dio un cargo diplómatico en Colombia y Venezuela.

Jorge Inostrosa falleció de un accidente vascular a los 56 años en Santiago el 5 de enero de 1975.

Según señaló *El Mercurio* el día de su muerte, *Adiós al Séptimo de Línea* vendió «más de cinco millones de ejemplares, (con lo cua) el libro constituyó uno de los más grandes best-sellers de la historia literaria del país». Diversos medios de prensa han estimado el número total de copias vendidas entre cinco y siete millones.

Jorge Inostrosa Cuevas dejó un legado importante en la literatura chilena, siendo reconocido por su contribución a la divulgación histórica y su capacidad para acercar la historia al público de una manera entretenida y agradable. Su trabajo sigue siendo valorado y apreciado hasta la actualidad.

OBRAS:

Adiós al Séptimo de Línea, 5 tomos, 1955.

Bajo Las Banderas del Libertador,3 tomos, 1959.

Hidalgos del Mar, Prat y Grau, 1959.

El Corregidor de Calicanto, 1960.

La justicia de los Maurelio, 1961.

El Rescatado por Dios, 1962.

Fantasmas y Retratos de la Tradición, 1963.

Los Húsares Trágicos, 4 tomos, 1965.

Huella de Siglos, 1966

¡*Se las echó el Buin*!, 1970.

Pueblo de los Techos Negros, Madrid, 1971.

Hotu, el oceánico, Madrid, 1971.

Siempre Una Mujer, 1974.

El Ministro Portales, póstuma, 1976.